

Revista

de la

# Academia Nacional de Letras



< Cuarta Época\_ Nro. 1 - Octubre 2006

Montevideo Uruguay

Escuela

*REVISTA*  
*DE LA*  
*ACADEMIA*  
*NACIONAL DE LETRAS*

Esta publicación se realiza con el apoyo de:

BANCO CENTRAL DEL URUGUAY



BANCO DE SEGUROS  
DEL ESTADO



# REVISTA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Año I - Número 1 - Julio-Diciembre 2006

## SUMARIO

### TRES POETAS URUGUAYAS

<i>Jorge Arbeleche</i> - Discurso de presentación de la Académica de Honor Amanda Berenguer en el Día Internacional de la Poesía	
<i>Amanda Berenguer</i> - Canto de Amor y de Muerte	13
<i>Wilfredo Penco</i> - Marosa en el recuerdo	23
<i>Carlos Jones Gaye</i> - Esther de Cáceres, Académica	29

### HOMENAJE A ARTURO ARDAO

<i>Arturo Ardao</i> - La lengua y la filosofía	37
<i>Héctor Gros Espiell</i> - Palabras para la recepción como Miembro de Honor del Profesor Doctor Arturo Ardao	41
<i>Angelita Parodi de Fierro</i> - Imagen de Arturo Ardao desde una perspectiva personal	45

### DÍA DEL IDIOMA

<i>Alma Pedretti</i> - Algunas consideraciones acerca de políticas lingüísticas en el español actual	55
<i>Teresa Torres</i> - Las locas palabras	61

### ENSAYOS Y ARTÍCULOS LITERARIOS

<i>Héctor Balsas</i> - El leer, el libro, el lector	73
<i>Ricardo Pallares</i> - El grito incesante ( <i>Acerca de la poesía de Selva Casal</i> )	89
<i>José Ma. Obaldía</i> - Serafín J. García (1905-1985)	103

### DISCURSOS ACADÉMICOS

<i>Gabriel Peluffo</i> - Iconografía y escritura en el espacio alegórico del siglo XIX	113
<i>Adolfo Elizaincín</i> - Las Academias y su influencia en la evolución de las lenguas	127

### ESTUDIOS DIACRÓNICOS

<i>Gladys Valetta</i> - Historia de palabras del Uruguay	141
<i>Equipo responsable de la investigación: Rosa Chans, Iris Rila, Juan Carlos Urse. Supervisión técnica: Juan Justino de Rosa, Subdirector del Departamento de Lengua y Literatura.</i>	

Noticias de la Academia Nacional de Letras	169
Colaboradores	177



## ACADÉMICOS DE HONOR

D. Mario Benedetti  
Da. Amanda Berenguer

## ACADÉMICOS EMÉRITOS

D. Antonio Larreta  
D. José Pedro Barrán

## ACADÉMICOS DE NÚMERO

D. Aníbal Barrios Pintos	D. Juan Grompone
D. Carlos Jones	D. Héctor Gros Espiell
D. José María Obaldía	D. Ricardo Pallares
D. Wilfredo Penco	D. Tomás de Mattos
D. Héctor Balsas	D. Gabriel Peluffo
D. Jorge Arbeleche	D. Adolfo Elizaincín
Da. Mercedes Rein	Da. Angelita Parodi de Fierro
Da. Alma Hospitalé	Da. Carolina Escudero
Da. Gladys Valetta	Da. Nelly Goitiño
	D. Gerardo Caetano

## CARGOS ACADÉMICOS

*Presidente:* D. Wilfredo Penco  
*Primer vicepresidente:* D. Adolfo Elizaincín  
*Segunda vicepresidente:* Angelita Parodi de Fierro  
*Secretario:* Héctor Balsas  
*Tesorero:* D. Aníbal Barrios Pintos  
*Bibliotecaria:* Da. Carolina Escudero

## COMISIÓN DE PUBLICACIONES

D. Aníbal Barrios Pintos (Presidente)  
D. Adolfo Elizaincín  
D. Jorge Arbeleche  
D. Ricardo Pallares  
Da. Angelita Parodi de Fierro

## SEDE

Casa de Herrera y Reissig  
Ituzaingó 1255 - Tel. 915 23 74 - Fax. 916 74 60  
Montevideo - Uruguay



## **Discurso de Presentación de la Académica de Honor Amanda Berenguer en el Día Internacional de la Poesía (\*)**

*Jorge ARBELECHE*

Sr. Presidente de la Academia Nacional de Letras  
Dr. Wilfredo Penco  
Sres. Académicos  
Sres. y Sras.  
Poeta Amanda Berenguer

El actual Presidente me designó para ejercer el honor de presentarla a usted como merecedora del máximo galardón que puede brindar nuestra Academia: el de ser miembro de honor.

Entre los que la anteceden brillan los nombres de figuras consulares de nuestra cultura como son los de Juana de Ibarbourou, Eugenio Coseriu, Arturo Ardao, Rodolfo Tálice, Mario Benedetti.

En la gestión pasada, en el ejercicio de la presidencia de nuestra Corporación, mi última iniciativa fue esta que hoy se cumple, con el voto unánime del Plenario y la generosa designación que el Dr. Penco ha depositado en mí.

Menuda tarea. Apasionante empresa. Extenuante ejercicio. Aventura mayor.

Por dónde entrar a tu poesía Amanda Berenguer, si tu obra no tiene entrada ni salida. Por dónde iniciar la búsqueda de la aguja en el pajar y empezar a devanar el hilo de la madeja. ¿Hay que separar el trigo de la paja, cuando paja y trigo relucen con fulgor idéntico al del oro?

Empiezo por elegir una palabra: galaxia, y otra: entusiasmo; y aún otra: maravilla. Y a la vez me topo con fórmulas matemáticas, con ecuaciones algebraicas, con ramificaciones arborescentes de formas y colores. Y todo es Verdad porque todo es Poesía dicha por una voz inconfundible: la tuya, que da por tierra cualquier fórmula o receta para definir la Poesía.

En los manuales de Literatura se enseña que el género lírico es aquel que expresa primordialmente el sentimiento y la sensibilidad del autor por encima del pensamiento. También nos enseñaron y enseñamos de la mano

---

(\*) 21 de marzo de 2006, Museo Juan Manuel Blanes.



de José Pedro Díaz que Bécquer expresa la angustia o el dolor a la distancia, reelaborados a partir de la perspectiva estética. Aquello de que no se debe escribir en caliente y se necesita dejar reposar la emoción para reelaborarla, es cierto.

Sin embargo en ti, Amanda, es tu propio cuerpo el que se inscribe en el dolor y se transforma en signo lingüístico, como cuando hace muchos años dijiste entre canto y lágrima:

*«Si el cuerpo no tiene  
vidalita  
para tanto llanto,  
ay! dónde me duele  
vidalita  
que me duela tanto.»*

También se dice y se enseña – y tampoco es un error – que en la Poesía prevalece la sensación y el sentimiento sobre el concepto.

Pienso, en esto creo que pensamos igual que, si bien no es erróneo, es sí insuficiente y limitada esa visión de la Poesía. En ti están el sabor y el olor de las frutas, los colores, los ponientes, las tareas domésticas, la mesa del tercer milenio y sus manjares pero todo girando alrededor de un eje, el del concepto.

Tal, como aparece con tus frutas; las saboreas, las tocás, son el eslabón para armar la cadena de la memoria, pero no están aislado; les otorgas lo principal: la identidad, su razón de ser.

Por eso, en ti están unidos la reflexión y el sentimiento y para eso encontraste la fórmula perfecta «sentir la inteligencia». Porque la inteligencia y la reflexión no son categorías diferentes ni divorciadas. Pero ¿qué las une? Creo, siento y pienso que es el eje del misterio y la aventura sobre el cual gira toda tu Palabra, Berenguer. Porque el Misterio se alía con la Ética y son ellos los dos pedestales sobre los que se articula y modula tu congregación, Amanda Berenguer.

Nada en ti es estático, nada es fijo. Ni la Angustia de distancia de la Maravilla, ni tampoco la Maravilla es incommensurable o infinita.

Uno de tus títulos – que se mantuvo a ocultas mucho tiempo – alude a ello. «Suficiente maravilla». Extraño ambiguo adjetivo. ¿Hay límites para la Maravilla? Quizá con la Sabia Prudencia de la Libila, aquella joven de la década del 50 ya daba la respuesta que pronunciará «La Dama de Elche» o «La Estranguladora» en la frontera de siglos XX y XXI y segundo y tercer milenio.

Pero nunca cesa el vértigo del coraje, del entusiasmo, del decir, y del

registrar el mundo. Como en los cuentos del Oriente antiguo crecen en espiral o en círculos concéntricos las interrogaciones.

Nada es igual ni están siempre las cosas en su sitio. Esa vitalidad, esa – a veces angustiosa metamorfosis – es la que nos viene diciendo desde hace más de cincuenta años Amanda. Y cada vez ha ido ahondando más. Porque pienso que la Poesía no ha de estar tan alejada de la Filosofía, ya que en Amanda el LOGOS también puede ser Canto.

Y para finalizar, ante una última, inquietante pregunta que finaliza tu último libro «¿Hay alguien ahí? Yo te respondo: Sí, esta tu voz, Amanda Berenguer. Y en esa tu voz inconfundible, única, a veces terrible caricia o fresca menta, allí nos encontramos todos los que habitamos tu casa del lenguaje.

Gracias Amanda Berenguer.

## CANTO DE AMOR Y MUERTE

Amanda BERENGUER

### *Nube Sigilosa de la Nada*

(Viernes 21 de julio de 2006)

Vagorosos búhos en el centro del antro inteligente- habitan-  
destruyen-.

Algo como niebla oscura- corroe- corroe- lentamente- y el olvido  
alado y siniestro- va apagando luces- palabras- signos-  
recuerdos- ya sin voz ni voto- ni posible vuelta-.

Peldaños bajan- la inteligencia observa azorada- ¿qué está  
ocurriendo? ¿quién destruye la claridad del alma? ¿quién entorna  
«el pasado» con llave de sombra? ¿quién lo cierra con tranca de  
espuma?

Ah! la luna- «¿estar en la luna?» ¿apetencia de la Nada?  
¿derrumbe zodiacal? ¿caricia de la muerte?

Te amo- José Pedro- te llevo conmigo- tú que ya cruzaste el  
umbral siniestro- el olvido no te rodeará- no podrá contigo- y la  
memoria permanecerá despierta- aquí- a mi lado- buscándote  
por los pasillos abiertos de tus libros-.

Y las nubes del tiempo no pasarán por allí-.

Y quedarás despierto- «sabio» y «poeta»-.

(al rato)

José Pedro ¿cómo es la Nada? Cuéntamelo- tú que escribiste  
entre muchos de tus libros: ensayos, novelas, biografías, de  
sorprendente sabiduría- ese inquietante y original texto «Tratados  
y Ejercicios»- que nadie todavía valoró en su total dimensión-.  
Y ahora que ya conoces ese «otro lugar» fuera del tiempo-  
dictámelo al oído- yo lo escribiré- y lo dejaré en las bibliotecas-



y en las librerías- y será como una antorcha- iluminando-iluminando-.

El abrazo sexual y la hondura de la muerte: esa íntima sacudida de amor y sexo- ahí- en lo más hondo-.

No valen ya las palabras- y apenas los gritos saliendo del hueco hambriento- vomitando la eternidad-.

*Amanda*

### *En este Instante, Tú*

(Jueves 27 de julio de 2006)

Pienso en tu cuerpo vivo- hombre penetrando mi carne-  
espada del paraíso- cortando- los frutos del deseo  
y esas copas de amor- desbordadas- cayendo sobre las sábanas-  
ahora negras- tan negras y arrugadas- como una «ciruela pasa»-  
¿Duermo sobre la sombra de las arrugas?- ¿Y tú dónde?-  
¿secreto de amor o muerte?- cofre cubierto de madreperlas  
y lágrimas encendidas- como el agua de los dioses del dolor-

¿José Pedro- dónde estás? ¿dónde?  
¿aquí entre tus libros? ¿a bordo de las tres carabelas  
que construyó tu padre?  
¿entre tus mates? ¿tus lapiceras? ¿tus relojes?  
marcando un tiempo atemporal- hipócrita reloj final?  
¿qué puedo hacer yo- desde este otro lado?

Te estoy amando- llorando- José Pedro-  
y te siento pasar ahora- muy cerca- leyendo sobre mi hombro-  
esta página- contigo- amor-.

Espérame- tienes todo el tiempo del mundo-a tu disposición-  
Espérame- ya voy !-.

*Amanda*

(Viernes 28 de julio de 2006)

De vuelta- José Pedro- de vuelta estoy-  
intensamente contigo- tan lejano y delicuescente-  
volviendo al agua primigenia- madre de vida y muerte-.

Bolsa de agua del parto- que se abre-  
y bolsa de agua final que seremos- bajando peldaños húmedos-  
sin destino ni posible vuelta-.

Estoy aquí- escribiendo estas cartas-  
que me alivian el alma y estoy contigo-  
abrazando los fragmentos de tu cuerpo- bajando hacia la nada-  
y estoy contigo- amor- yo aún bajo el aire- y tú-  
bajo la siniestra lápida- carcomido por la sombra

*Amanda*

(Lunes 31 de julio de 2006)

Sigo contigo- José Pedro- aunque te pierdas- y te diluyas en el  
agua primigenia-  
seguiré tu metamorfosis paso a paso- y entre los dos haremos  
un coágulo de sombra-  
habitado por duendes e historias de aparecidos- .

No has muerto- No- estás en mí llevándome en ese viaje- en esa nave de carrera infinita-  
bajando entre sombras y peñascos- esa pista de aterrizaje que nos espera- entre dólmene y cavernas- y tierra horadada por la sombra- .

El universo es una tumba hecha a propósito para nosotros- tú escribiste- yo aún escribo-  
tú hablaste- yo aún hablo- solo aquí- solo- nadie?

te siento sentado a mi lado- leyendo sobre mi hombro-  
Me siento mejor- Estoy contigo-

*Amanda*

(Miércoles 2 de agosto de 2006)

Cuando se está solo se abren todas las puertas- pero se cierra el alma como ostra- como mejillón de roca-.  
Estar solo cuerpo adentro- es suave- gelatinoso- pero cuando estalla la caparazón- sangran todas las cosas a su alrededor-  
Estar sola para mí es difícil- tan difícil como contar todos los latidos de ese divino error del corazón andante- ¿José Pedro está sólo? ¿José Pedro estás ahí? ¿me oyes? ¿lees esta interminable carta de la más irracional aventura? Entre tu muerte y mi vida- hay solo un espacio que muerden nuestros labios- unos helados- otros calientes- los míos todavía están sobre mi cara- ¿y los tuyos dónde? Si igual los encuentro bajo tierra? en el aire? debajo de mi almohada?  
¿Dónde? José Pedro- ¿dónde? te busco- ¿dónde te encuentro?-.  
Si es ahora- ahora mismo- entreverado entre mis letras- masticando un lenguaje de tierra oscura- aquí sobre los



renglones- desde allí: sombra y desvelo mortal de tu gloriosa  
estatura- caída- como trozos de mármol tallados por Miguel  
Ángel- y dibujado en el claroscuro de Leonardo-.

José Pedro bajo tierra- ¿qué olor tienen las raíces de los  
cipreses?- ¿y las piedras mohosas verde oscuras? Puedo  
hablar contigo- puedo pensar contigo- puedo soñar contigo-  
puedo escribir con tu mano deshecha sobre la mía aún  
escribiendo- acosada por agujas de reloj- tan veloces que giran  
y giran sobre la escritura y te acercan y te alejan- y entonces:  
el llanto- esa lluvia de memoria y olvido simultánea- como un  
pájaro blanco por fuera y por dentro sombra.

Escribir desenhebra el conocimiento: la escritura se parece a  
un hilo mágico que alimentara y desarrollara los ovillos del  
pensar-. José Pedro ¿dónde estás? ¿en tus libros? ¿en la  
noche? ¿dónde te encontraré? ¿en el espacio vivo de tu  
escritura? ¿en el cuerpo herido del «poniente»? ¿ya se puso el  
sol? ¿dentro de la caja- dentro de un retrato? ¿dentro? ¿en la  
cueva mía del corazón que sangra? ¿por qué el alma se lleva  
dentro? ¿quién o qué la puso allí- y cómo la tuya desde el  
corazón helado- llega hasta el mío que aún palpita- y entona  
lluvia- aire- fuego- con el aliento quebrado de tu voz-.

José Pedro- te nombro- José Pedro- existes- José Pedro- hay  
una piedra oscura sobre el cuaderno- esa piedra es azul como  
la noche- lapizlázuli cubierto de estrellas- en el anillo de mi  
dedo- José Pedro- tu nombre lo cubren chispas de oro y una  
sombra azul recorre la tarde y la memoria- estás tan cerca! Te  
llamo José Pedro- te estoy llamando- golpeando en el aire  
endurecido- los golpes resuenan en la eternidad y se oye tu  
voz debajo de la tierra ¿dónde? «en el corazón tenía la espina  
de una pasión...» me canta bajito el gran poeta Antonio  
Machado- Él «la tenía»- yo «la tengo»- y no quiero  
arrancármela- En la pasión está la vida.

Me detengo José Pedro- ya es el atardecer- y hace frío- se siente la tristeza amarga de la soledad- «cuando estoy sola no soy nadie»- escribí una vez- ¿pero estoy ahora realmente sola? ¿quién me acompaña noche y día- desde el otro lado de la vida?-.

Vivir: qué misterio- qué golpe de seducción- Y estás conmigo- José Pedro- no lo olvides- por los corredores ocultos de la tierra vamos juntos-.

*Amanda*

(Miércoles 2 de agosto de 2006)

Ya he conversado contigo José Pedro: ¿del largo de la vida? ¿del largo submundo de la muerte? ¿la caja que te contiene- ya está abierta- mohosa? ¿verde tierra sin primavera- ni cálculos de tiempo?-.

José Pedro: estás conmigo ahora entre la «adelfa» buscando la flor- y el «palo de agua»- que busca el cielo en esta habitación- que tú conoces bien- José Pedro- aunque parezca incierto- vives aquí- ahora mismo-.

Cuando te pienso- la luz cambia de color- las cosas se miran sorprendidas- tus libros y tus retratos se llenan de relámpagos- hendiendo la sombra- desordenando el mundo-. Sí- tú estás ahí vivo- como semilla de metamorfosis- ¿ahí? ¿dónde? Me responden abiertos tus libros- todopoderosos- conteniendo tu vida- tu escritura viviente- alzados hacia la luz del tiempo-.

¿Qué extensión tiene la muerte? ¿qué cálculos infinitos guarda una página escrita?

La escritura salva- la palabra escrita- grabada- hendida en el tiempo- allí deja su sangre- donde nace el río de la vida- José Pedro- ¿estás ahí?- ¿Oyes como surge esta lenta transformación?- y con ella vamos los dos- tú ahí en la sombra- y yo aquí- a la luz de esa lámpara de amor- que nos envuelve-.

Pondremos dólmenes prehistóricos cuidando los encuentros- y también robots del futuro- dominando las sombras- abriendo esas puertas clausuradas de la muerte-.

*Amanda*

(4 de agosto de 2006)

Estoy tan sola- que me he olvidado de mí- Quizá ande por ahí- ¿dónde?- no me encuentro- no sé quien soy- Afuera- el sauce- aún sin hojas- parece estar de acuerdo conmigo- Un vacío previo a la primavera- llena el espacio- Se ha hecho un pozo en el tiempo- mis labios se dan contra la tierra abierta- y la tierra es amarga- facsímil de la sombra- y he encontrado un aviso: «Prohibido estar aquí» ¿Y tú José Pedro- en qué etapa de la caída estás?

No puedo verte- pero te observo atravesando la sombra- transformándote en el espesor de la «nada». Convulsiva apetencia del tiempo asesino- José Pedro estoy contigo- tengo un arma de amor que puede servir- tiene filo- y brillo y puede alcanzarte hasta traerte hasta aquí- Sobre esta mesa donde escribo y repaso tu vida «ahora muerte»- en convulsa apetencia- Desde la vida de este día frío y luminoso- desde esta luz te llamo- ¿se oye?- te estoy llamando José Pedro- ¿se oye?- ¿se oye?.



(un poco más tarde)

Estoy contigo- arropado entre las letras- «letras de vida»-  
«escritura de amor»-.

Hoy podría seguir escribiendo- buscándote- encontrándote-.

Tengo que detenerme- esta casa sin ti parece otra inventada  
por Picasso: «Guernica» quizá- destrucción almada- miseria de  
muerte-.

¡Estoy tan sola! Son las 13:20 de este 4 de agosto- Sólo la  
escritura me consuela algo- o me engaña- y sangro- lágrimas  
que no se ven- entonces pienso otra vez en ti- José Pedro- y  
te repaso vivo en esta habitación del tiempo-.

*Amanda*

### *Escucha el silencio*

(Martes 8 de agosto de 2006)

El silencio a veces ahorca y no deja respirar- ese vacío en el  
rumor del universo- Esa caída- en la oscuridad del tiempo-  
donde habitan sol- palomas muertas- escucha- escucha el  
silencio- no tiene boca- no tiene voz- no tiene adonde- sin  
embargo- aprieta como pulpo hambriento- deglutiendo la  
Nada- Escucha!

Hoy siento que podría seguir escribiendo hasta que se apagara  
el mundo- esta larga línea de estar vivo- delineando la Nada-  
que usa ventosas como los pulpos del recuerdo-.

No aprieten- no retuerzan el alma- no nieguen la sombra de la noche- no tapicen de amor la angustiosa desventura- apocalipsis de sagrada palabra y muerte enjoyada- con el anillo vivo del pulpo de Maldoror- La muerte- la infinita muerte- aquí en la habitación- sentada conmigo- a tomar el té sin leche y sin azúcar- sólo recuerdos- gestos del tiempo invitado- contándonos historias de aparecidos-. La muerte en tanto- mira para otro lado- desdeñosa y pagada de sí- no entiende lo que pasa- y no dice nada- Hace!

*Amanda*

(Domingo 20 de agosto de 2006)

Otra vez aquí: cielo cerrado arriba y en todas partes el gris nebuloso de la nada- Si estuvieras conmigo- José Pedro- quizá nos abrazáramos para hallar refugio en nosotros mismos-

Ahora estoy sola- y más bien desierta- vacía?- No- Hay un escalofrío gris donde se conjugan las cosas- Parece ser una modulación apagada del frío intenso de tu muerte- que me rodea y me abraza- dejándome ciega- cayendo en la nada. Esa «nada» prepotente, conjunción de «nadas» ambulantes vendiendo entradas para apreciar el fabuloso enigma del origen del mundo- José Pedro- ¿sigues tu destrucción y tu misterio?

La muerte no tiene nada que hacer con nosotros amándonos- deambulando por los avatares fabulosos de nuestra vida- Tú bajaste primero y me vas enseñando los húmedos escalones

que llevan hasta la voluptuosa Nada- Yo iré después- y seguiré tus huellas- José Pedro- el rastro fabuloso de tu escritura- tu sello de vida- tu palabra escrita- donde la muerte no halla refugio- ni lugares de anonimato.

José Pedro- estás en el mundo- y estás conmigo saliendo de tus libros- en tu escritura viva bien alojado: «Los fuegos de San Telmo»- «Tratados y Ejercicios»- «La Claraboya y los Relojes»- más tus exhaustivos ensayos sobre el español Gustavo Adolfo Becquer- sobre el uruguayo Felisberto Hernández- tus trabajos sobre «El doble»- aún sin publicar- y muchos libros más- entre ellos: «Medicina y Literatura» escrito junto a tu hijo el Dr. Álvaro Díaz Berenguer.

La vida de la escritura es atemporal- como la gloria de la luz.

Nos vemos: más y más  
cerca y más allá-  
te amo

*Amanda*

## MAROSA EN EL RECUERDO (\*)

Wilfredo PENCO

En los días que siguieron a su muerte, y a pedido de Ana Inés Larre Borges, escribí estas líneas para el semanario *Brecha*:

*No recuerdo cuando la conocí. Tampoco donde. Pero es como si hubiera llegado desde el fondo del tiempo. O como si hubiera aparecido, de improviso, en cualquier lugar.*

*Quizás la vi por primera vez en un tórrido verano salteño, en alguna esquina de la calle Uruguay, o en la casa de Esther Haedo, en Las Nubes, o junto al refugio generoso y cómplice de Leonardo Garet.*

*Creo o quiero creer que fue a principios de 1977, aunque vuelvo a dudar sobre fechas y lugares. Porque también irrumpe en mi memoria más lejana, en Montevideo, con su hierática figura de gran sacerdotisa, sentada a una mesa redonda de mármol, al pie de un enorme ventanal proyectado sobre la plaza, en torno al eje de la estatua de la Libertad.*

*A este propósito, nadie, en todo caso, fue más libre que ella, y por algo irradió, sin prejuicios ni limitaciones, el deslumbramiento de su enigma, la fatalidad de su designio, el secreto escondido y cautivante de sus maravillas, y el diseño de fuertes contrastes recortados bajo luces encandiladas y misteriosas sombras.*

*Ella misma lo dijo, no hace mucho. Durante años, en una escenografía sitiada por columnas de madera oscura, donde fluía un mundo ardoroso y decadente, el Sorocabana, "compartimos tardes y tardes, cafés y cafés".*

*Fueron tantos los días de cercanía que, cuando se interrumpieron, comenzaron a agolparse, todos juntos, en una serie de imágenes superpuestas que ya no se borran.*

*Le gustaba ejercer la ironía, el despliegue teatral, el registro sesgado sobre la aldea, la agudeza de los implacables juicios universales.*

*No hubo otra como ella. Evitó prescindibles monotonías. Se desentendió de cargas rutinarias. Concentró colores asombrosos, los de más impacto, en particular el carmesí.*

*Por eso la recuerdo de este modo, sin inflexiones anecdóticas. Solo*

---

(\*) Texto leído en el homenaje de la Academia Nacional de Letras a Marosa di Giorgio, realizado en el Museo Juan Manuel Blanes el 2 de abril de 2005.



a través de una iconografía.

*La veo, la estoy viendo, a media tarde, acompañada de su madre y de su hermana Nidia, las tres caminando, con parsimonia, tres mujeres solas que pasean por 18 de julio, en pleno Centro, a la luz de un sol que ya no cae a plomo y hace más fantasmales las siluetas.*

*En ese paseo, en ese juego, en ese ir y volver sobre las mismas cuerdas, pese al cambio de acera, el estereotipo termina por imponerse.*

*No obstante, a Marosa parece rodearla una aureola que brilla y la proyecta sobre un escenario inconcluso.*

*Es probable que así hubiera querido ser recordada, como lo que fue: un ser de otro mundo, en este mundo, con los pies sobre la tierra y a un tiempo levitando.*

*Marosa en el recuerdo es la poesía del espectáculo, el espectáculo de una diosa.*

Hasta aquí las líneas para *Brecha*.

Vale la pena recordar también que en *Los papeles salvajes* reunió más de veinticinco años de labor, trece libros, desde *Poemas* hasta *Diamelas a Clementina Médici*, que constituyen un mundo sin parangón y la convierten en una voz ineludible en la literatura hispanoamericana contemporánea.

La libertad imaginativa; el desborde sensual en las asociaciones; el agudo sentido de cada sutileza metafórica; la dualidad de las estructuras (entre poemáticas y narrativas) cerradas sobre sí mismas y a la vez abiertas, por su índole fragmentaria, al engarce acumulativo; el detonante de lo imprevisible y lo equívoco en un proceso de permanente transformación siempre generado desde la misma matriz: todos son elementos que se suman, entre otros, para caracterizar esta producción literaria como una de las más originales de las últimas décadas, de una asombrosa modernidad en sus inicios y a un tiempo premonitoria de la posmodernidad finisecular que predominó en el cambio de siglos.

Enclaustrada en la infancia, en un ámbito donde las maravillas y las perversiones de la naturaleza deslumbran por igual, la obra de Marosa cumplió un ciclo en *Los papeles salvajes*, en los bordes de su autoabastecimiento.

Con una lucidez estratégica y con plena convicción en la fertilidad de su capacidad creativa, Marosa comenzó a dar un sesgo diferenciado en *Misales*, cuyos textos fueron presentados como "relatos eróticos". De ese modo se hizo hincapié en la carga narrativa que sus libros anteriores, si bien esbozaban, no terminaban de asumir en su desarrollo, y en los elementos de una sexualidad, notorios en la obra concluida pero sin igual persistencia

ni predominio como en la nueva serie.

Los cambios operados en *Misales*, y perceptibles también, más tarde en *Camino de las pedrerías*, no derivaron, sin embargo, en una infidelidad hacia el proyecto impulsado desde los comienzos literarios. En todo caso lo confirmaron por otros andariveles de cercanía.

En esta última línea quedaron situados *Reina Amelia*, dado a conocer como novela y concebido al modo del transitado género, pero con las peculiaridades que impone un lenguaje inseparable de sus estructuras heterodoxas y ajeno a todo otro canon salvo el de la propia refundación, y los dos últimos: *Rosa mística* (en particular el largo relato identificado con ese nombre y al que preceden otros cuarenta fragmentos bajo el título Lumínile) y *La flor de lis*, un legado poético de amor.

Como dije alguna vez, la prosa convencional, lo que se entiende tradicionalmente por prosa, nada tiene que ver con los textos de sus libros. Es cierto que en ellos se alza una voz que relata y evoca y que algunos se acercan al diseño de un cuento; pero no es menos cierto que las imágenes poéticas (de novísima factura) se filtran en la génesis de cada esbozo narrativo y terminan por dominar el texto de tal modo, que a veces la anécdota, ahogada, se repliega para dar paso a las verdaderas dueñas de la secuencia. Sin embargo, no siempre sucede así, y la historia que se cuenta, reducida a lo imprescindible, fraccionada, triturada, continuamente interrumpida, vuelve por sus fueros, como si hubiera estado allí esperando el momento de su reivindicación y remata en desenlaces inesperados lo que ya podía considerarse un poema.

Fragmentos, pues, que son poemas (o un poema extenso, fragmentado). Alguien los definió, sin exceso, como los apólogos más libres de la literatura uruguaya moderna. También se ha indicado que son poemas secretos y casi inconfesables. Una malla de hilos invisibles sostiene esta escritura cuyas pautas desdeñan las armazones, los moldes, rotos definitivamente, en mil pedazos.

Mundo sensual y laberíntico, de asombrosas experiencias, de deslumbramientos y maravillas, perplejidades y angustias, terror y miedo y también, como se ha dicho, mundo autoabastecido.

En toda la obra, desde el reino de la naturaleza—vegetal, mineral, animal, mitológico, humano—se construye un paisaje perturbador. Referencias inconfundibles integran un gran banquete para la contemplación estética: cepas de diablos, murciélagos, luciérnagas, ovejas, faunos (lascivos, hambrientos, con virtualidad humana, y a los que se da de fumar), diamantes, cerezas, licores, pocillos, confites, hongos—de diverso tipo, incluso viciosos—, néctares, jarras y cacerolas, fetos guardados en botellas



y tazones, abejas en racimo, lombrices de fuego, huevos de hule o de porcelana, perlas, diademas, pájaros, mariposas, espíritus, perfumes de almendra. Junto a personajes híbridos, equívocos, se levantan todas las flores posibles de un jardín salvaje y nacen los frutos más exuberantes de las quintas y de los bosques; unos y otros se ordenan en un espacio escénico promiscuo donde se multiplican, sobre todo, las mujeres y en el que las relaciones sexuales, que se manifiestan con carácter obsesivo y rasgos de celebración sacra, tienen algo, también, de festejo gastronómico, operación quirúrgica o fulminante ejecución. Como contrapartida, la virginidad y la castidad parecen susurradas en íntimas trepidaciones.

Entre el delirio y la gloria, la comunión y la extremaunción, traspasando las fronteras de lo místico y lo libidinoso, en la libérrima obra de Marosa di Giorgio se cometen delitos, pecados, actos prohibidos, abundan las posesiones, los apoderamientos, los secuestros, ocurren sueños, ilusiones, crímenes, nacimientos, almuerzos y vigiliás; hay quienes se esconden tras las máscaras, los mantos, las cortinas, y se escuchan sus leves alaridos, sus jadeos voluptuosos. Y aparecen antiguos parientes que regresan de la muerte, plantas que caminan, mariposas que son devoradas, niñas desnudas que recorren el bosque, mujeres que levitan, hombres que van a la guerra, jóvenes que se enamoran de un caballo. Es el mundo salvaje con su opulencia y su violencia, que se muestra sin concesiones, allí donde la palabra transformadora conjuga a la vez la angustia del horror y el esplendor de la belleza.

Un día le pedí que evocara sus raíces, su infancia y adolescencia, en una clave distinta a como lo había hecho en su obra. Después de comparar el correlato con sus poemas, y aunque nunca hubo duda, tuve la certeza más cabal de su autenticidad. Me contó sobre el arribo a las quintas italianas de San Antonio, en Salto, del abuelo materno, Eugenio Médici, y sus negocios “*imaginativos y tornadizos*”. Me dijo: “*Él fue un pionero de olivares y cría del gusano de seda, con la correspondiente plantación de moras, pues esos menudos constructores de la seda, se alimentan con las hojas de mora. Sus negocios casi nunca andaban bien. Él soñaba. Las quintas eran misteriosas, habitadas por fantasmas, ladrones, hongos de diversos colores, que había traído de Italia, perros, gatos, conejos, loros, palomas, almendras*”. Busqué en *Mesa de esmeralda* el recuerdo poético y encontré lo que buscaba; en sus páginas recuerda a su abuelo de este modo: “*Fundador de las moreras y las moras, de las mariposas de la seda; fundador de las olivas y de sus jades y sus perlas, de las yucas con las uñas. Inventor de las naranjas, creo*”.

Me habló de la casa centenaria (“baja con el techo a dos aguas”, donde

se dormía “con las puertas abiertas y con los lechos fuera, a veces; frente a la cerrada ramazón”), de cómo se conocieron Pedro di Giorgio y Clementina Médici, de la boda, de las tías y de los juegos de infancia, de la muerte de los abuelos y los padres. Busqué en *Clavel y tenebrario*, en *Está en llamas el jardín natal*, en *La liebre de marzo*, en *La guerra de los huertos*, y encontré allí también la historia que me había contado.

En esos días también registré, entre otras, estas declaraciones: “Mi madre y sus hermanas, Josefa e Ida, fueron extrañas damas de las quintas. Con sus sombrillas y tacos altos.” Consecuente, había escrito en uno de sus libros: “Cruzaban sombrillas por las chacras, unas azules, otras de rosa; venía la sombrilla amarilla de mi madre por la quinta. El sol goteaba como una yema, caía aceite y licor sobre las cosas.”

Sobre ella misma y su vida en Salto, me confesó: “Los salteños apostados en los balcones de sus casas, en las confiterías y las familiares esquinas, se acostumbraron, sin acostumbrarse, a ver pasar esa figura pelirroja, con lentes agudos, que parecía perseguir algo dentro de un largo sueño. La misma, que hoy, transita en Montevideo, las calles del centro y las de la Aguada”. Con otro lenguaje, dijo casi lo mismo en un poema: “Yo di un pase leve y sin rumbo. Revoloteó el Hada sobre mi doliente paso, mi apesadumbrada belleza de otros siglos”.

Hace veinticinco años escribí en el prólogo a *Clavel y tenebrario*, un presagio en el que quiero hoy insistir. Porque el cuarto de siglo transcurrido desde entonces no ha hecho sino confirmar mis convicciones. Dije entonces y lo reitero ahora con más decisión:

*Resulta peligroso aventurar predicciones sobre el destino de una obra literaria. Aun corriendo tales riesgos, no creo equivocarme al afirmar que en los años venideros, más tarde o más temprano, una aureola mítica rodeará el prestigio literario de Marosa di Giorgio. Algunos destinarán su nombre a la lista de los grandes poetas malditos que encabezan Baudelaire y Lautréamont. Otros se dedicarán a su estudio y tratarán, desveladamente, de descifrar sus claves y secretos. Pero los más la leerán con el mismo deleite y el mismo asombro, con que hoy la leemos sus contemporáneos.*

Sabía que estaba enferma, ya no se la veía por las calles del centro, tan transitadas por ella en el último cuarto de siglo. Solo de vez en cuando, excepcionalmente, abandonaba su obligada reclusión. Como cuando presentó el libro de Alejandro Michelena sobre el café Sorocabana, o en su última aparición pública, el día internacional de la poesía, en marzo del año pasado, cuando leyó algunos de sus poemas en este mismo Museo Blanes.



Era reacia, además, a recibir visitas en su casa. Prefería que no la vieran disminuida, indefensa, en la frágil intimidad que siempre protegió ante miradas extrañas o aun vecinas o amigas. Una vez por semana o cada quince días conversábamos por teléfono, y ella, con avidez, reclamaba las noticias del mundo que había dejado de frecuentar. Era como ponerse en órbita. Ponía también de manifiesto, en cada oportunidad, una tan remota como persistente ilusión de que todo volvería a ser como antes, que de a poco se iría reincorporando a sus habituales salidas, a los encuentros con los amigos que extrañaba, a las largas tardes, noches o madrugadas de la bohemia montevidéana, bohemia que ya había dejado de ser la misma sin ella, sin esa constelación que se encendía con su sola presencia.

El pasado 17 de agosto, de mañana, volví a Montevideo, tras una semana de trabajo en el exterior. En el grabador de los mensajes telefónicos me esperaban dos comunicaciones recientes de Nidia, su hermana, anunciándome la urgencia de Marosa de hablar conmigo. Apenas escuché este pedido, llamé a la casa. Me atendió Nidia, apesadumbrada, dolida, desconsolada. Me dijo que Marosa acababa de morir.

Desde entonces me he preguntado sobre el sentido de ese desencuentro, el azar de una despedida final que no pudo materializarse. Pienso que, tal vez, el saludo que quedó pendiente habrá de prorrogarse mientras viva. En ese plazo de gracia, la seguiré en todo caso despidiendo, como si fuera hasta mañana, y la veré, como siempre, como si ella nos mirara —a todos— de soslayo, con su sonrisa leve y punzante en el rojo furioso de sus labios, la complicidad filtrada en los sobrentendidos, y en la memoria que no muere: sus incomparables, deslumbrantes, audaces poemas, incorporados, para siempre, en el imaginario que ya pertenece a nuestra historia más intensa, a los días compartidos y a los que vendrán.

## ESTHER DE CÁCERES, ACADÉMICA (\*)

*Carlos JONES GAYE*

En esta tarde, en la que nos hemos reunido para celebrar a Esther de Cáceres, he de referirme a ella en cuanto Académica.

Me voy a permitir abordar su recuerdo desde este ángulo, porque me parece que constituye una faceta de su quehacer y aun de su personalidad muy poco conocida y porque, por otra parte, probablemente nadie sabe de esa faceta tanto como yo, por uno de esos extraños privilegios que nos regala la vida. Me explico.

A principios de 1969, Esther de Cáceres y Juan Llambías de Azevedo hicieron gestiones ante la Inspección de Idioma Español de Secundaria a fin de concretar la designación de un Secretario Técnico para la Academia Nacional de Letras. Fue así como ingresé, en calidad de funcionario contratado, a la Corporación.

Esther era, por entonces, la Secretaria de la Academia y, en consecuencia, mi jerarca inmediata. Desde aquel momento y hasta su muerte, mantuvimos una relación muy cercana no solo en el plano funcional sino también en el de la amistad, que fue corta en el tiempo, pero muy profunda y, para mí, de un singular enriquecimiento espiritual. De la conjunción de ambos factores, el de la tarea compartida y el de la amistad vivida, surgen esos conocimientos que, en apretada síntesis, constituirán mi intervención de hoy.

Para responder mejor al tema elegido, de entre muchos aspectos posibles de la trayectoria de Esther como académica, seleccionaré tan solo dos: su actuación en la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española y su acción transformadora en la Academia Nacional de Letras del Uruguay. Aunque procuraré ser escueto en la exposición, será necesario que agregue alguna información complementaria a fin de dar un mínimo contexto que sustente las consideraciones esenciales.

### I

Nuestra Academia nació de espaldas a la Real Academia Española. Comprometida con los mismos fines, empeñada en idénticos cometidos,

---

(\*) Exposición realizada en la sesión pública de la Academia, en homenaje a Esther de Cáceres, en ocasión del centenario de su nacimiento, el 27 de noviembre de 2003.

pero en un solitario desplante de individualismo.

Sucedieron acontecimientos importantes, como el Primer Congreso de Academias, en México, en el que se fundó la Asociación de Academias de la Lengua Española, ante los cuales nuestra corporación, de no haber sido por el interés personal de uno de sus miembros, hubiera permanecido totalmente ajena. Con el Segundo Congreso, celebrado en Madrid, aconteció algo similar.

Recién en 1960, la sabiduría de Menéndez Pidal y la diplomacia de Julio Casares desde Madrid, así como la perseverancia de Berro García, secundada por la decisión de Ariosto González, desde Montevideo, hicieron posible la regularización de las relaciones entre la Academia española y la Academia uruguaya.

Ese mismo año, la Academia Colombiana, decana de las americanas, organizó el Tercer Congreso en Santafé de Bogotá, preparando un documento clave que luego sería el «Convenio Multinacional sobre Asociación de Academias», ratificado por nuestro Parlamento, en 1969, como Ley N° 13.775.

La importancia de este documento, aun en la versión originaria que llegó a Montevideo, era demasiado grande para no tocar y mover a la Academia uruguaya.

El Cuarto Congreso, realizado en Buenos Aires cuatro años después, consolidó definitivamente la Asociación de Academias, y la corporación uruguaya se vio como obligada a adherirse a esa realidad panhispánica.

La Asociación de Academias había llevado a cabo exitosamente sus cuatro primeros congresos y, cerrada la etapa fundacional, debía pasar a la acción. Para atender lo ejecutivo y lo cotidiano se había ideado la Comisión Permanente, una suerte de Consejo Directivo, con una interesante representatividad, por lo menos para aquel entonces: de sus cinco miembros, uno, el Secretario General, debía ser electo por el Congreso y pertenecer necesariamente a una Academia americana; dos serían españoles y otros dos, americanos, los cuales cambiarían todos los años, de modo que cada una de las Academias estuviera representada periódicamente. Las tareas asignadas a la Comisión Permanente eran léxicas, gramaticales, idiomáticas en general, de régimen académico y también organizativas.

La Academia Nacional de Letras fue convocada para integrar la Comisión Permanente durante el período ordinario de sesiones de 1968. La novedad desconcertó a nuestros colegas de entonces y recién a la tercera solicitud de la Comisión Permanente, la Academia uruguaya, el 31 de enero de 1968, designó a Esther de Cáceres para representarla. En el acta de esa sesión se lee: *«El señor Presidente (Carlos Sábat Ercasty) propone que*



*se designe a la Secretaria, Dra. Esther de Cáceres, haciendo el elogio de sus cualidades y capacidad para asumir dicha representación. Es apoyado por todos los académicos presentes aprobándose la designación por unanimidad.»*

Esther había ingresado a la Academia en 1960 para ocupar el sillón dejado vacante por Juana de Ibarbourou, designada Académica de Honor. En 1962, sucedió en la Secretaría a Berro García, quien poco después dejó de concurrir.

Paradójicamente, en el momento en que la Academia uruguaya, dejando atrás su aislamiento, empezaba a participar de trabajos idiomáticos comunes, no disponía del concurso de ningún miembro especializado en cuestiones lingüísticas. Esta realidad planteaba una difícil situación a la Academia, convocada a integrar la Comisión Permanente, situación que se agravaba porque tampoco poseía materiales de archivo a los que pudiera recurrir para salir del trance.

Esther, que era plenamente consciente de esta situación, aceptó igualmente el desafío y partió pertrechada con su experiencia de hablante privilegiada y con su talento, que no eran poca cosa, y con un ejemplar del *Diccionario Uruguayo Documentado*.

El mencionado diccionario había sido publicado recientemente por la Academia y era el fruto del primer Concurso «Premio Academia Nacional de Letras». Sus autoras eran Celia Mieres, Élide Miranda, Mercedes Rovira de Berro y Eugenia Beinstein de Alberti. La obra, que marca un hito en la lexicografía nacional, le brindaba a Esther materiales acordes con una de las principales tareas que debía encarar en Madrid (proponer voces uruguayas, con su correspondiente cita literaria, para ser incorporadas al fichero de la Real Academia). El «Diccionario Uruguayo Documentado» hacía gala, además, de una metodología que se ajustaba perfectamente a las exigencias de la corporación madrileña.

Así, los aportes léxicos de Esther en la Comisión Permanente fueron importantes en cantidad y en calidad: presentó casi trescientas palabras y locuciones, de las cuales un centenar aparecieron recogidas por el DRAE en su edición XIXa., de 1970. Nunca antes, el diccionario había registrado tantos uruguayismos.

Esther no se limitó en su quehacer lexicográfico a proponer palabras tomadas del *Diccionario Uruguayo Documentado* para incorporar al DRAE y al archivo español; nos consta que formuló planteamientos teóricos relativos, por ejemplo, a criterios de contrastividad. Igualmente interesante y revelador resulta el párrafo que citaré, tomado del informe que, sobre su actuación en la Comisión Permanente, Esther presentó oportunamente a la Academia: «La Dra. Cáceres se refirió a su posición



*personal, defendida en toda ocasión en la Comisión Permanente y en las sesiones plenarias de la Real Academia, con respecto al criterio de apertura demasiado generosa no solo en cuanto a los americanismos sino también en cuanto a palabras de origen extranjero que no concier-  
tan con el genio de nuestro idioma.»*

En suma, la misión de Esther, la primera misión uruguaya ante la Comisión Permanente de la Asociación de Academias y ante la Real Academia Española, fue un éxito tanto por el desempeño de la representante como por los resultados obtenidos y, también me atrevo a aseverar, por las consecuencias en actos posteriores de Esther.

## II

Paso al segundo aspecto al que quería referirme: la acción transformadora de Esther en nuestra Academia.

Como Académica Secretaria, Esther marcó un antes y un después en la vida de la corporación. Estuvo atenta y fue receptiva para captar nuevas situaciones, tuvo agilidad para generar respuestas adecuadas.

La labor académica no dependía ya exclusivamente de planificaciones domésticas ni podía limitarse a acciones autocomplacientes. Se había iniciado una etapa de trabajos interacadémicos y las Academias debían acompañar a ellos sus ritmos y sus dinámicas si no querían quedar marginadas.

La experiencia de Esther en la Comisión Permanente fue muy positiva, como dijimos, pero el verdadero desafío consistía en que era necesario darle continuidad y permanencia a un éxito puntual.

La Academia uruguaya no estaba preparada para ello. Era imprescindible introducir cambios, incluso de estructuras, que hicieran posible vivir en la nueva realidad y había que encararlos sin pérdida de tiempo. Esther logró hacerlo en unos tres años. Su prematura e inesperada muerte no permitió que el proyecto terminara como había sido concebido, pero lo realizado por ella fue, de todas maneras, suficiente y el proceso, con vaivenes, atrasos y soluciones alternativas, se fue cumpliendo.

Esther planteó tres líneas de acción: 1. Creación de una Secretaría Técnica; 2. Nombramiento de nuevos Académicos de Número; 3. Incorporación de especialistas no Académicos al quehacer de la Academia.

Es de justicia señalar que, para llevar adelante ese proyecto, Esther no estuvo sola. Fue la protagonista, pero contó con dos valiosos compañeros: Pivel Devoto y Juan Llambías de Azevedo. Este último, especialmente, estaba plenamente consustanciado con Esther en llevar a buen término las tres líneas de acción planteadas. Resulta sorprendente que dos

personas tan diferentes en todo, como Juan Llambías y Esther, hayan coincidido tanto en su visión de lo que era y de lo que debía ser la Academia.

Lo atinente a la Secretaría Técnica fue lo más sencillo de instrumentar. El único escollo, nada despreciable por cierto, fue el económico. Pero de cualquier manera, nunca llegó a frenar la iniciativa, aunque en alguna oportunidad los Académicos tuvieron que poner dinero de sus bolsillos para pagar al funcionario contratado. Así, pues, esta nueva estructura empezó a funcionar a comienzos de 1969 y ha continuado brindando sus servicios ininterrumpidamente hasta el día de hoy, transformada en Departamento de Investigaciones.

El nombramiento de Académicos de Número especializados en lengua no era cosa fácil. Existían Académicos antiguos e influyentes que se resistían a admitir colegas «gramáticos», como los llamaban. Con todo, Esther obtuvo un triunfo al lograr que, a mediados de 1969, fuera elegida Celia Mieres. Este ingreso era solo el primero de una serie de incorporaciones que Esther no pudo ver concretadas, pero que, si bien con excesiva lentitud, se fueron produciendo.

La incorporación de especialistas no Académicos se dio en los grupos de trabajo sobre léxico y gramática, que fueron creados con un doble objetivo: 1º) estudiar y producir materiales destinados fundamentalmente a las labores interacadémicas, y 2º) acercar personas a la Academia de entre las cuales pudieran surgir nuevos Académicos de Número.

Estos grupos integrados por Académicos y no Académicos constituyeron una innovación en el ámbito de la Asociación y han caracterizado desde entonces a nuestra Academia.

Veinticinco años después de la estadía de Esther en la Comisión Permanente, me correspondió desempeñar la misma función de representar a la Academia Nacional de Letras y de trabajar en la Real Academia Española. Quedaban allí algunos Académicos, entre los más antiguos, de la época de Esther. Uno de ellos, Rafael Lapesa, que no sólo la había conocido sino que la había tratado de cerca, me hizo un comentario al respecto que retuve por provenir de tal maestro y que repito porque me parece la síntesis más apretada y admirable de lo que estamos celebrando. Me dijo: «Esther de Cáceres, una fina poetisa y una mujer inteligente».

Con el eco de esas palabras, me atrevo a evocar la memoria luminosa e iluminadora de Esther y, a su amparo, esperar que, así como ella y alguna otra figura del mundo académico de su tiempo supieron transformar las Academias decimonónicas en Academias del siglo XX, así también en los tiempos que corren surjan figuras capaces de hacer, de nuestras Academias, Academias del siglo XXI.

A Esther le tocó vivir, como a nosotros, tiempos académicos cargados

de promesas y de dificultades, tiempos que ella supo interpretar con su sensibilidad exquisita, en los que asumió ser vigía y timonel, y en los que tuvo aun la audaz capacidad de alumbrar nuevos rumbos marcados de su lucidez creadora.

Siempre y en todo, su presencia generaba un aura positiva, de acercamientos, de escondidos gozos, de serena inquietud, de sosegada tensión, de encendido control, de suave fuerza. Y como fiel discípula del «Poverello» de Asís, siempre y en todo, vivía y hacía vivir el lema franciscano «*Pax et bonum*».



A LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS:

### **La lengua y la filosofía (\*)**

Correspondiendo a la Academia Nacional de Letras por la designación con que nos ha honrado, revalidamos aquí – en expresión fragmentaria – algunas de las reflexiones que nos motivara, años atrás, la relación entre los conceptos de lengua y filosofía.

Para el lenguaje científico, la lengua es un factor secundario, y lo es tanto más cuanto más dicho lenguaje cumple su desiderátum de concepción y formulación matemática. Para el lenguaje filosófico, en cambio, la lengua es un factor primario; y lo es tanto más cuanto más dicho lenguaje cumple su desiderátum de aprehensión y comunicación directa de lo real y lo ideal. Todo lenguaje es simbólico, pero mientras el científico progresa en la misma línea del simbolismo, matemático o no, el filosófico progresa en la dirección contraria por la lucha del pensamiento contra la tiranía de los símbolos. De ahí la significación que para el lenguaje filosófico ha tenido siempre el lenguaje de la conciencia natural; de ahí, también, la significación que para el lenguaje filosófico tiene la lengua, concreción vital, animada, histórica, del lenguaje como forma abstracta y genérica de la expresión verbal.

Los griegos, fundadores de la filosofía, fueron también, naturalmente, los fundadores de su lenguaje, y lo hicieron promoviendo a la dignidad de lengua filosófica su propio idioma nativo. No contaron para ello con modelo ni antecedente. El pensamiento helénico, en cuanto pensamiento, recibió desde sus orígenes, dispersas influencias de otras culturas, pero su lengua, en cuanto filosófica, debió hacerse por sí misma. Durante siglos ostentó solitaria esa condición no planteándose entonces los intermina-

---

(\*) Habiéndole conferido la Academia Nacional de Letras el nombramiento de Académico de Honor al Dr. Arturo Ardao y habiendo éste aceptado la merecida distinción, se pensó en organizar un acto en el Paraninfo de la Universidad de la República en su homenaje. Sería presentado, como es habitual, por un académico que pronunciaría un discurso laudatorio, se le entregaría el diploma, la medalla y la insignia de la Academia, y se esperaba oír sus palabras. Pero la emoción esperable de tal ceremonia motivó que el homenajeado renunciara a esa presentación en acto público, razón por la cual envié a la Academia la presente nota, fechada en junio de 2003, en reconocimiento al honor que se le confiara.



bles problemas que vendrían después, de la recepción de textos filosóficos ajenos a la transmisión de los propios, en el comercio sistemático de unas lenguas con otras. Fue así hasta el tránsito de la era precristiana a la cristiana en que se produce, de Lucrecio a Séneca, el advenimiento del latín como lengua filosófica.

El latín, llamado a ser durante casi dos mil años la lengua por excelencia de la filosofía en el mundo occidental, se movió, desde el comienzo, en un juego de relaciones históricas muy diferente del que correspondió al griego. Esas relaciones se ordenaron en tres grandes etapas. En una primera, de elevación, el latín mantiene relaciones de ascendencia con el griego; en una segunda, de apogeo, relaciones de colateralidad con el hebreo y el árabe; en una tercera, de declinación, relaciones de descendencia con los idiomas nacionales del Occidente moderno. Relaciones de ascendencia, colateralidad y descendencia, no, claro está, del punto de vista genético lingüístico, sino del punto de vista del desenvolvimiento histórico de la filosofía.

La primera etapa del latín como lengua filosófica, en coexistencia con el griego, se extiende desde el siglo II antes de Cristo, cuando el heleno Panecio introduce en Roma el cultivo de la filosofía, hasta el siglo VI después de Cristo, cuando en el 529 Justiniano clausuró la última escuela de Atenas, prohibiendo enseñar en lo sucesivo la filosofía en la ciudad de Sócrates. O sea, desde que Roma se abre hasta que Atenas se cierra para la filosofía. En el umbral de la Edad Media, después de un milenio de vigencia y a cabo de una prolongada agonía, el griego pasa a ser la gran lengua muerta de la filosofía occidental. Había trasfundido su sangre al latín, cuya creciente hegemonía filosófica queda entonces definitivamente consagrada en el seno del pensamiento cristiano.

La segunda etapa del latín como lengua filosófica se extiende desde el siglo VI, en que queda dueño de la escena, hasta los siglos XVII y XVIII, en que debe cederla a su vez. Conoce su punto más alto en el siglo XIII. Y este siglo es, al mismo tiempo, aquel en que culminan sus relaciones con otros dos idiomas, el hebreo y el árabe, igualmente descendientes históricos del griego, desde el punto de vista en que aquí los consideramos. Por extraños que, lo mismo que el latín, sean lingüísticamente al griego, descienden, sin embargo de él lo mismo también que él latín, en cuanto lenguas filosóficas. Es lateralmente al latín que se constituyen como tales, por su cuenta, a partir de los textos griegos, desde el foco alejandrino. La coexistencia no obstó a la incontrastable hegemonía de aquél en la línea de la occidental, solidaria de la primacía del cristianismo sobre el judaísmo y el mahometismo, en la misma línea. Curioso es que el latín conozca su mayor vitalidad como lengua filosófica, precisamente

después de morir como lengua vulgar en los comienzos del medioevo. Muerto desde entonces como lengua del pueblo, muere recién como lengua filosófica un milenio más tarde, en plena época moderna.

Empieza entonces su tercera etapa. El latín, gran lengua viva de la filosofía medieval y renacentista, se convierte, a partir de los siglos XVII y XVIII en la segunda gran lengua muerta de la filosofía occidental. No lo fue sin pasar por un período, precisamente durante los siglos mencionados, de coexistencia vital con aquellos idiomas, que, en cuanto filosóficos, descienden de él: francés, inglés, alemán, italiano, español, para no citar sino los principales. Desde entonces, son éstos los que cuentan como lenguas filosóficas vivas.

En sus primeros quinientos años, la filosofía se movió dentro del monismo lingüístico inicial del griego. Al cabo de un largo proceso, en el que el latín llegó a ser también, en los comienzos de la modernidad, la única lengua viva de la comunidad filosófica occidental, se ha desembocado en un pluralismo que no hace sino ensancharse. Se trata de un hecho grávido de consecuencias. No se ha destacado bastante lo que significó como revolución mental, no ya lingüística, el tránsito del latín a las lenguas nacionales en el campo de la filosofía. Durante un milenio utilizó ésta, como lengua viva para ella, la que era una lengua muerta para el pueblo, y para los filósofos mismos en cuanto integrantes del pueblo; con el condicionamiento adicional, todavía, de que era esa la lengua eclesiástica. Por otro lado, la conversión de las lenguas vulgares en lenguas filosóficas, suscita múltiples problemas, tanto bajo el ángulo de sus relaciones con las lenguas muertas, como bajo el de sus relaciones entre sí. Tanto más complejos estos últimos, cuanto que a la creciente promoción filosófica de las lenguas occidentales se añade a la de las otras comunidades en esta era de acelerada interpretación de las culturas.

## **Palabras a pronunciar en la recepción como Miembro de Honor del profesor doctor Arturo Ardao.**

*Héctor GROS ESPIELL (\*)*

Profesor Ardao;  
Señoras y señores Académicos;  
Señoras y Señores;

Yo no puedo ocultar la enorme satisfacción que siento hoy al pronunciar aquí, en esta ocasión, unas palabras de recepción y de elogio del nuevo Académico de Honor.

Esta satisfacción mía deriva no sólo de la admiración que siento, y que estoy segura que es la de todos los académicos, por la personalidad humana y científica de Arturo Ardao, - que hoy la Academia Nacional de Letras se honra en recibir como Miembro de Honor -, sino además por la circunstancia muy especial de haber sido yo su alumno de Filosofía en el Instituto Vázquez Acevedo y al año siguiente en algunas de sus clases de Sociología en la Facultad de Derecho.

Gracias querido profesor, por sus enseñanzas tan ricas y sabias, - no olvido, por ejemplo, sus explicaciones sobre la Filosofía de Kant en 1944 -, pero gracias, especialmente, por haberme transmitido el gusto y el ansia por el saber y por el estudio, el amor por la cultura y la devoción por los valores humanos y democráticos.

Yo no sé si debo hacer, al dirigirme a Arturo Ardao, el elogio del filósofo, del historiador, del docente o del periodista. Pienso, sin embargo, que lo que interesa destacar hoy no es tanto una de las facetas de su persona-

---

(\*) Cuando Arturo Ardao fue elegido Miembro de Honor de la Academia Nacional de Letras, elección que él aceptó muy complacido, se planeó la realización de una ceremonia de entrega del título en la que él haría uso de la palabra. Yo fui asimismo encargado por la Academia de hacer uso de la palabra en ese acto, probablemente en consideración de que había sido alumno de Ardao en el Curso de Filosofía 2º de Preparatorios del Instituto Alfredo Vázquez Acevedo en 1944 y en Sociología, en 1er. Año de la Facultad de Derecho en 1945 y había mantenido con el Maestro una larga e invariable amistad.

El acto no llegó a celebrarse en la fecha prevista y finalmente no pudo realizarse por el fallecimiento del Profesor Ardao.

Publico ahora el texto que preparé para aquella ocasión, que aparece hoy en la Revista de la Academia Nacional de Letras como una expresión de mi admiración y mi cariño, por el profesor, el filósofo, el historiador, el periodista, el escritor y especialmente por la grandeza humana, moral y cívica de Arturo Ardao.



lidad, sino señalar la globalidad de su rica personalidad, el carácter multifacético de su intelecto y su entrega vital a la causa de la cultura y de la docencia, en el marco del respeto constante de la dignidad humana y de los principios democráticos.

Pero, sin embargo, no puedo rehuir el deber de referirme a cuales son, a mi juicio, las líneas esenciales de su larga y constante actividad intelectual.

Primero: Su reflexión filosófica, tan rica y profunda, que ha encontrado en libros y ensayos un desarrollo temático amplio y variado, de singular profundidad conceptual. Sólo he de citar como ejemplos de esta línea de pensamiento, dos de sus libros: «Espacio e Inteligencia», y «Lógica de la Razón y Lógica de la Inteligencia», obras que lo sitúan en la vanguardia de la filosofía uruguaya.

Segundo: Sus aportes a la historia de las ideas, filosóficas y políticas, -especial, pero no exclusivamente-, en el Uruguay en América Latina. Sus obras sobre este asunto o estos asuntos, entre los que no puedo dejar de recordar a: «Filosofía Pre Universitaria en el Uruguay»; «Rodó y su Americanismo», «Estudios Latinoamericanos de Historia de las Ideas»; «Lógica y Metafísica en Feijoo»; «La Filosofía en el Uruguay en el siglo XX»; «Introducción a Vaz Ferreira»; La Filosofía Polémica de Feijoo»; «Andrés Bello Filósofo»; «Espiritualismo y Positivismo en el Uruguay»; «Racionalismo y Liberalismo en el Uruguay»; «Batlle y Ordóñez y el Positivismo Filosófico»; «Etapas de la Inteligencia Uruguaya» y «La Inteligencia Latinoamericana»; constituyen aportes esenciales y referencias ineludibles para el conocimiento del proceso intelectual del Uruguay y de sus principales figuras, así como de la América Latina y España.

Tercero: Sus pensamientos sobre América Latina, la latinidad y la romanidad. No es posible poseer hoy una idea adecuada y correcta de lo que es América Latina, de sus raíces, de su surgimiento conceptual y de su configuración terminológica y política, sin tener en cuenta los aportes de Ardao, fruto de una dedicación al tema mantenida durante años con una elogiabile continuidad. ¿Cómo no citar al respecto sus libros «Génesis de la Idea y del Nombre América Latina» y «Nuestra América Latina»?

Cuarto: Sus contribuciones a la historia política del Uruguay, como por ejemplo su libro «La Tricolor Revolución de Enero», pero especialmente en relación a diversos aspectos de la epopeya artiguista. Sus trabajos relativos a este último tema, en el marco de un análisis que ha cubierto muy variados aspectos, tanto nacionales como regionales e internacionales, son agudos y profundos, aunque muchas veces – y lo digo como mérito – polémicos y controversiales.

No es posible dejar de recordar sus aportes al tema que podríamos



llamar «El Uruguay como problema» y a la cuestión de su independencia, en su inicio y su desarrollo.

Por mi especial vinculación con estos asuntos, yo me he sentido particularmente atraído por su análisis del tema de la confederación y federación en el artiguismo y por el reflejo del problema de la Banda Oriental, su evolución y su independencia en la política de la Santa Alianza. Quiero confesar la cercanía de mi pensamiento, - lo que me honra - con el de Ardao en lo que respecta al plan institucional de Artigas y a la realidad de su gobierno y de su proyección más allá de la Banda Oriental, aunque no puedo ni debo ocultar alguna diferencia, - más terminológica que de fondo - con algunas afirmaciones de mi ilustre maestro. Lo que es indudable es que los historiadores de hoy y del mañana deberán tener necesariamente en cuenta su pensamiento al respecto.

Muchos trabajos debería yo hoy recordar sobre la atención prestada por Ardao al artiguismo, pero me limitaré a citar a: «¿Desde cuándo el Culto Artiguista?, los estudios recopilados en su «Artigas y el Artiguismo» y el provocativo ensayo «Artigas y la Liga mal llamada Federal».

Quinto: Su constante reflexión sobre la Universidad, su historial, su presente y su futuro. Mucho y muy valioso ha escrito Ardao sobre esta materia, desde su ya cincuentenario libro «La Universidad de Montevideo y su Evolución Histórica», hasta hoy.

Debo terminar. Pero no sin evocar al gran profesor universitario, al docente claro, preciso, fácil de comprender, que sin dejar de ser profundo y apegado a la temática expuesta, enseñaba inculcando valores y principios. Y sin dejar tampoco de recordar su buen decir y su buen escribir, su respeto y su amor por la lengua española, sobre la cual tan hondamente reflexionó en su «Filosofía de la Lengua Española».

Profesor Ardao: La Academia Nacional de Letras os recibe hoy como Miembro de Honor, con regocijo y orgullo.

Estamos seguros que vuestra incorporación no será un mero acto formal, sino el inicio de un trabajo común y de una colaboración, que será de insuperable valor para nosotros.

Al daros la bienvenida, aguardamos vuestro discurso de incorporación, dispuestos a escuchar una lección rica y sugerente.

## Imagen de Arturo Ardao desde una perspectiva personal (\*)

Angelita PARODI DE FIERRO

Ofrezco mi homenaje al Doctor Arturo Ardao como exalumna en el IPA y expracticante en las clases que dictaba en el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo. La primera imagen que guardo en mi memoria es la del Profesor Ardao en su tránsito por los patios del IAVA en la década de los cuarenta, en que la gallardía de su figura, su apostura, se destacaba entre los profesores treintañeros de mis años de estudiante de Preparatorios en ese querido Instituto, -en que no lo tuve de Profesor-, gallardía y apostura que despertaba en nosotros admiración y respeto a la vez.

En la década del 50 lo tuve de Profesor en el IPA, cuando ya estaba desarrollando una fecundísima labor intelectual, casi puede decirse solitaria, original, que no fue durante demasiado tiempo comprendida en su verdadera significación en nuestro medio, especialmente entre quienes cultivaban la filosofía. Cierta vez, en una de esas reducidas reuniones de compañeros de estudio con algún profesor durante las breves pausas entre clase y clase en el IPA, tuve oportunidad de oír el juicio casi lapidario del docente, -quien, como no podía ser menos, estimaba mucho al Doctor Ardao-, sobre la asignatura que éste dictaba: “*Pero...Ardao se dedica a algo que no existe: ¡la filosofía americana!*”, llegó a decirnos, porque el valor del pensamiento latinoamericano solía más bien cuestionarse cuando no negarse como pensamiento de segunda mano

Y es en esa época, en la década de los 50, que Ardao publica una serie de ensayos, recogidos en *Filosofía de Lengua Española*, que parecerían responder a esa apreciación crítica de su labor, despejando confusiones y ambigüedades, y que ponen en su lugar las nociones de historia de la filosofía e historia de las ideas, y señalan la importancia de la historia de las ideas en la América Hispánica, más la posibilidad de la filosofía no sólo en América sino de América.

Destaco dos de ellos: el de 1950 “Sentido de la Historia de la Filosofía en América” y el de 1956, “Sobre el concepto de Historia de las Ideas”. En éste aclara que no debe confundirse la historia de las ideas

---

(\*) Texto leído en el Homenaje al Dr. Arturo Ardao el 12 de noviembre de 2004, en el Paraninfo de la Universidad de la República.

con la historia de las ideas filosóficas, porque la primera es una historia particularizada en diversos sectores de ideas : filosóficas, religiosas, científicas, estéticas, pedagógicas, jurídicas, económicas, sociales...Pero si bien cada una tiene su esfera , hay en la vida concreta una interpenetración que hace relativo el deslinde de los sectores, y hay uno de ellos, el de las ideas filosóficas, que por su generalidad o universalidad ocupa una posición más elevada y opera como rector de los otros sectores.

También dirá que la historia de las ideas filosóficas puras o abstractas, rechazada por Ortega, y la de las relacionadas con sus circunstancias históricas son dos tipos igualmente válidos cada uno en su esfera, y que se necesitan y complementan. Esto lo ejemplarizó cabalmente el propio doctor Ardao en su actividad docente y en su obra escrita. Quienes tuvimos el privilegio de asistir a sus clases en el Instituto de Profesores Artigas, y de efectuar práctica docente en el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo, podemos atestiguar su capacitación profunda en la filosofía universal, lo que le permitía vincular cómodamente, en el caso de sus clases de Historia de las Ideas en América en el IPA, el aporte de los pensadores americanos, incluidos los de nuestra nacionalidad, con los fundamentos que proporcionaban las corrientes filosóficas predominantes en los períodos históricos considerados.

El supo transmitirnos esa conexión, aplicando al proceso del pensamiento latinoamericano lo que expresara Rodolfo Mondolfo respecto del pensamiento filosófico en general: “ *No basta por sí sola la dialéctica interior del pensamiento filosófico para explicar su propio desarrollo ulterior, sino que hay que tener en cuenta además siempre la intervención de factores extraños al terreno de la especulación filosófica, factores ofrecidos por la vida, por las situaciones históricas sociales, por el desarrollo de las letras y las artes, por la historia de las instituciones, de las costumbres, de la economía, del derecho, de las ciencias, de las técnicas, de las religiones, etc.*” Pero Ardao entiende que en el proceso americano de pensamiento la historia de las ideas filosóficas es más exigido, porque aun es precario en nuestras tierras el desarrollo de la filosofía pura y por el hecho de que la organización y reorganización de nuestras nacionalidades han estado impulsadas por ideas que han servido como herramientas poderosas usadas profusamente en este proceso histórico.

En el breve ensayo de 1950, *Sentido de la Historia de la Filosofía en América*, había señalado que las generaciones intelectuales que han ejercido funciones directrices en los dominios de la política y de la cultura, han actuado inspiradas o modeladas en una concepción filosó-



fica general más o menos expresa, más o menos lúcida, y no exentas de originalidad, no de las doctrinas, o ideas en su formulación teórica, - porque hasta el siglo XX la filosofía americana se desarrolló como reflejo de la europea- pero sí de la vivencia concreta de las mismas, en su relación con "intransferibles circunstancias históricas del espíritu en espacio y tiempo". *"Ha habido en ello, dice, una experiencia radical u original, protagonizada si no por creadores del pensamiento, o pensadores en el sentido cabal del vocablo, por conciencias puestas frente a demandas filosóficas perentorias en las que a la invitación universal se sumaba el requerimiento propio. Fueron ajenos los instrumentos conceptuales empleados, pero fueron nuestros el trance y la respuesta. Logos foráneo, pero pathos y ethos personalísimos."*

El sentido de la historia de las ideas filosóficas en América es el de tratar de "reconstruir la trayectoria de la conciencia americana en su intimidad propia y en su originalidad histórica", sin pretensión de descubrir doctrinas o personalidades, escuelas o sistemas que proporcionen un aporte creador a la filosofía universal. Pide una actitud intelectual de humildad y comprensión porque *"a través de los moldes que el pensamiento europeo ofrece, hay que reunir e interpretar episodios menores a veces hasta la insignificancia aparente o balbuceos de la inteligencia. Pero eso fuimos y sobre tales raíces hemos crecido. Ignorarlas o, lo que es peor desdeñarlas, es más que negarnos a nosotros mismos, condenarnos a carecer de esa memoria del yo con que las colectividades, como las individualidades, integran, en definitiva, la personalidad."*

Yo quiero subrayar estos últimos párrafos, porque Ardao ha trabajado incansablemente en la difusión del pensamiento americano y nacional en su riquísima y vasta obra, porque con ella procura ubicarnos en nuestro lugar como seres pensantes, como conciencias lúcidas (y debería poder decirse agradecidas), abiertas al pensamiento universal, pero capaces de afirmarse en el terreno de las circunstancias históricas, políticas, culturales de su mundo de la vida para crecer y madurar en autenticidad.

En tal sentido fue también ejemplar en su actividad docente. En sus clases de tercer nivel nos fue presentando con naturalidad a personajes de la historia del pensamiento de América y del Uruguay, que se ocupó de rescatar del olvido o de la indiferencia, dándonos en sus lecciones y en sus libros luminosos retratos de esas personalidades, muchas de las cuales, si no fuera por la labor paciente y lúcida de ese docente sin par, hubieran permanecido totalmente al margen del interés filosófico y/ o pedagógico de muchos de nosotros. Él nos mostró con claridad la ligazón de su pensamiento con el decurso de nuestra historia misma,

cuando las instituciones públicas, la conducción de la vida política, social, cultural, educativa, estaban en gran parte sostenidas por poderosas corrientes filosóficas que dieran sustancia a nuestro espíritu liberal, y que, a despecho de las controversias apasionadas de los brillantes sostenedores de tales doctrinas se conjugaron en la integración de sentimientos de tolerancia y de respeto como se personificaron, por ejemplo, en esa figura que con tanta delectación nos describe Ardao en el espiritualista Plácido Ellauri, en quien veo rasgos evidentes de la propia actitud de nuestro filósofo, más allá de las distancias de doctrina, especialmente en el espíritu de tolerancia que signara la vida de aquel docente venerable y venerado hasta por aquellos discípulos que no compartían su posición filosófica. (Ver *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, FCE - Colección Tierra Firme). Respecto a él nos dice que en su magisterio contribuyó a configurar toda una época, pero que “*por gracia de la ausencia de tradición, característica de nuestra vida intelectual, es, sin embargo, un desconocido para las generaciones actuales*”. Y más de una vez lamentará Ardao ese olvido en que han quedado tantas personalidades de nuestra historia cultural. Y hoy ¿qué programas de filosofía recogen la historia de nuestro pensamiento en los niveles de enseñanza media, donde debería estar?

Hay que leer a Ardao, disfrutar de la fineza de sus análisis de las diversas doctrinas filosóficas y sus propios aportes originales, tales los que expone en sus libros *Espacio e Inteligencia*, de 1983 y *Lógica de la Razón y Lógica de la Inteligencia* de 1998. Del primero destaco los ensayos que se dedican a la espacialidad de la psique. Allí, entrando ya en el terreno de la antropología filosófica, controvierte la posición tradicional que niega espacialidad a la psique para atribuirle solo temporalidad, o no atribuirle ninguna de estas dos coordenadas, como en el caso de Max Scheler al considerar al espíritu, esencia del hombre, fuera de la escala vital, fuera del tiempo y del espacio: Ardao argumenta con gran convicción la existencia de un “*aquí*” en cada proceso psíquico como tiene su “*ahora*”, y postula la instauración de “una “*tópica*” de lo psíquico en cuanto consideración de su espacialidad, y no ya mera “*crónica*” en cuanto sola consideración de su temporalidad.” Y más aún: el tiempo ha de ser explicado por el espacio, porque él se origina por el movimiento espacial: “*el cuándo es explícita o implícitamente dependiente del dónde*”, lo cual no implica negar el tiempo ni la temporalidad existencial de la vida humana, ni la historicidad del hombre en su existencia social, pero esa “*temporalidad individual o colectiva, dice, tiene por fondo ontológico al espacio sustantivamente real, no identificado con la pura extensión geométrica*”, es decir a un espacio que



"no solo no es ajeno a la vida, sino que tiene en ésta uno de sus más decisivos escalones ascendentes" y que es reconocido por la inteligencia, inmediata aprehensora supralógica de la relación entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, y no por la razón, que es la mediata aprehensora de esa relación. El prolijo detalle de estas elucubraciones, y otras ideas de los ensayos de este atrapante libro, nos muestran su erudición en cuestiones científicas en las que apoya sus tesis, y el cuidado que pone en la exposición de las mismas con rigor didáctico.

La misma rigurosidad en los exámenes que efectúa en el segundo de los libros citados. Lo vemos alineado en movimientos que reaccionan no "contra" sino respecto de la lógica formal en cuanto considerada como la última palabra de la lógica. Son los sostenedores de una lógica concreta, apta para tratar las situaciones problemáticas de la vida. Así las concepciones de Ortega y Gasset (lógica de la razón vital), Vaz Ferreira (lógica viva), Recaséns Siches (lógica de lo razonable), la lógica borrosa, lógica vaga anticipada por B. Russell, la lógica como teoría de la investigación de Dewey, en fin, a las que Arturo Ardao unificará con el nombre de *lógicas de la inteligencia*, para distinguir estas concepciones, incluyendo la suya, de las de las lógicas de la razón. Toda una galería de pensadores afiliados a esta orientación desfila en las páginas de Ardao en la concordancia de destacar esa razón flexible, plástica, a la que, sin embargo, no aciertan a designar con el término que él considera como el adecuado para designarla: inteligencia. Y así la intuición bergsoniana, el buen sentido hiperlógico de Vaz Ferreira, la razón vital de Ortega no son sino nombres provisorios de la inteligencia.

Y ya adoptando el término por él propuesto, podemos agregar que el "*campo visual*" de su inteligencia, de extraordinario alcance, recorrió también el dominio de la lingüística en varios de sus ensayos reunidos en "*Filosofía de Lengua Española*" (década del 60 casi todos). Allí se ocupa, entre otros temas del lenguaje de la filosofía, diverso del de la ciencia, y muestra cómo su evolución desde la lengua griega que se hiciera a sí misma como lengua filosófica a partir de la nativa, pasando por el largo dominio del latín para diversificarse en las lenguas nacionales, que de lenguas vulgares pasan a convertirse en lenguas filosóficas, determinó los rasgos distintivos de las diversas filosofías nacionales: filosofía alemana, filosofía francesa, filosofía italiana, cada una con sus temáticas y tendencias doctrinarias dominantes, pluralismo lingüístico que obra sobre el destino del pensamiento mismo. Y respecto de la filosofía de lengua española, señala que la maduración de su personalidad filosófica fue mucho más tardía que la de las otras lenguas nacionales: el abandono del latín, dominante hasta el siglo



XVIII, para ser sustituido por el español a partir de Feijóo, se produce en momentos de decadencia de la filosofía y la cultura hispánicas, y tal decadencia, nos dice Ardao, “grava congénitamente” al español como lengua filosófica y afectó la recepción por parte de las otras culturas del pensamiento español, considerado con cierta óptica descalificadora, y también hubo de afectar a la consideración del pensamiento hispanoamericano. Pero esa óptica ha ido cediendo ante la progresiva toma de conciencia de sí mismo del pensamiento de lengua española, impulsada por el magisterio de Ortega en ambos lados del Atlántico, los aportes en Hispanoamérica de los pensadores españoles que tuvieron que emigrar de su país debido a la guerra civil española –los llamados “*transterrados*” por José Gaos, uno de los más activos- y los trabajos que sobre el proceso cultural de estas tierras efectuaron el propio Gaos y Francisco Romero.

¿Y qué decir de la obra de Arturo Ardao en este proceso y en esta nueva proyección del pensamiento de lengua española incorporándose dignamente a la filosofía universal?

Dije en algún momento “*nuestro filósofo*” y dije bien: “*filósofo*”. Porque esa es la calificación que le corresponde, así como también le cuadra la de “*Maestro sin más*”, que él aplicara a Carlos Quijano como periodista y que Agustín Courtoisie transfiriera al propio Ardao. Él mismo nos dice en su ensayo de 1977 “Historia de las ideas filosóficas en América Latina”: “*Toda historia de las ideas filosóficas, si es auténtica, es en sí mismo ejercicio filosófico; no solo porque sin filosofar de alguna manera es imposible organizar la sucesión del pensamiento de filósofos, escuelas, sistemas, corrientes, sino, además, porque es nutriéndose dialécticamente de su propia historia que el progreso de la filosofía se cumple.*”

Su obra ha alcanzado el reconocimiento internacional y no sólo ha dado a conocer también en ese amplio ámbito a los pensadores hispanoamericanos como historiador de sus ideas, sino en actitud de filósofo a la vez. Porque es filósofo no solo por su aporte personal en los terrenos metafísico, antropológico, lingüístico, sino también cuando interpreta con profundidad y criterio crítico figuras e ideas de la historia del pensamiento. En la Advertencia con que se abre su importantísima obra *Racionalismo y Liberalismo en el Uruguay*, hace explícita su posición “*desvinculada en absoluto de toda confesión u organización religiosa o filosófica, tanto de las principalmente historiadas en el trabajo –catolicismo, protestantismo, francmasonería- como de cualesquiera otras*”. Si bien reconoce que la libre posición racionalista ha ejercido un cierto influjo en plantea-

mientos y desarrollos, *“no se ha querido servir a más preocupación que la de la objetividad histórica”*, aclara. Esa objetividad que no ha sido la de la pálida neutralidad que se niega hasta el derecho de la interpretación, sino que es la que surge del rigor de una cabeza pensante que no se conformará con darnos una historia de las ideas despegada del mundo de la realidad, sino que hará resurgir vidas concretas, en la medida en que la profundidad y la amplitud de sus análisis pone de manifiesto las circunstancias en que fue gestándose el pensamiento de esas vidas: el momento político, la fuerza de las corrientes de ideas que se disputaban el dominio de los espíritus y de los órdenes de la cultura, en el ámbito educacional, en el religioso, en el de la organización social. Y sin renunciar al juicio valorativo en aplicación de un criterio asumido sobre el fundamento de una conciencia lúcida independiente, en la que lo axiológico no abdica de sus legítimas exigencias, mantiene la actitud de respeto y admiración — virtud a destacar — por las personalidades que aportaron lo que creyeron ser lo mejor para el desenvolvimiento de estas tierras, de estas generaciones orientadas hacia un futuro cercano, ya fuere mediante el cultivo de la ciencia positiva, o mediante la dirección hacia la trascendencia, hacia la educación, la organización social... No es necesario compartir los puntos de vista de cualquier corriente para hacer resaltar con entusiasmo inteligente la vehemencia y honestidad de los expositores o sus adictos. Y ese es uno de los grandes méritos de Arturo Ardao. Leyéndolo, no menos se siente uno contagiado por ese entusiasmo: tanto las grandes figuras que nuestra historia ha consagrado con justicia, como otras injustamente recubiertas por capas de olvido, se nos presentan con nitidez, existentes de carne y hueso, resurgiendo como paradigmas y síntesis de idea y acción en el difícil trabajo de construcción de nuestra identidad.

Me permito dirigirme a él diciéndole: Gracias, Dr. Ardao por tratar de ponernos en nuestro lugar ¡y que hagamos votos porque lo sepamos ocupar con dignidad!

## **Algunas consideraciones acerca de políticas lingüísticas en el español actual (\*)**

**Alma PEDRETTI**

Quisiera iniciar esta intervención declarando con todo énfasis, aunque ello pueda parecer sin duda absolutamente obvio para muchos, que la presencia de todos nosotros, hoy y aquí, en este acto de celebración de la lengua española, es un acto político, mejor aún un acto de alta política, entendido este muy vapuleado término en su sentido más amplio y sano, esto es, en cuanto se usa para apuntar a la esencia histórica y social de la condición humana, al definir al hombre como un 'animal político'.

En efecto, si, como dice el DRAE, 'celebrar' significa «Conmemorar, festejar una fecha, un acontecimiento» y también «Alabar, aplaudir algo», parece claro que reunirse para celebrar la existencia, perdurabilidad, riqueza, variedad y creciente extensión geográfica de una lengua histórica como el español, una lengua que nos hace parte de una comunidad cada día más vasta e influyente en el mundo contemporáneo, la comunidad hispanohablante, es sin duda un acto político de toda trascendencia. Supone, en primer lugar, ratificar una vez más la idea, tantas veces repetida, de que es bueno, es provechoso para el conjunto de los cerca de cuatrocientos millones de actuales hablantes de español, seguir cumpliendo aquellas acciones que, como lo quería Andrés Bello hace ya más de siglo y medio, permitan conservar «ese medio providencial de comunicación», «ese vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes...»

Naturalmente, declarar la conveniencia de una acción que procura equilibrar con racionalidad intereses, ideologías, saberes, sentimientos individuales y colectivos variadísimos y muchas veces opuestos, y adherir entonces a su celebración, es apenas cumplir con una parte de la conmemoración, en rigor, una pequeñísima parte. La otra parte, mucho más ardua y compleja ocurre más calladamente sin duda en el incesante devenir de las innumerables actividades que, cotidiana y casi siempre oscuramente, cumplen millones de personas, personas que trabajan en el ámbito de la educación formal, en el mundo de las grandes o de las pequeñas editoriales, en el de los siempre presentes medios de comunicación que tienen la

---

(\*) En ocasión del Día del Idioma, celebrado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación el 29 de abril de 2004



palabra como instrumento; personas (este último lugar en la enumeración no significa por supuesto lo menos importante), que bregan con la lengua española para convertirla en materia sutil de creación estética. No siempre ese múltiple, constante accionar va en el mismo sentido, y, sin embargo, todas esas personas de una u otra forma, en muchísimos casos sin cabal conciencia del acto de relacionamiento e integración cultural y político que están realizando al cumplir con esa su tarea de cada día, actúan más allá de los fines inmediatos que se proponen, y, humilde pero efectivamente celebran, no importa si a sabiendas o no, la existencia y perdurabilidad, la riqueza y flexibilidad de esta gran lengua histórica que es la base de la cultura hispanoamericana y de su entronque con la peninsular. Todos ellos son los que no solo 'hablan' español, sino, directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, 'enseñan' lengua española, mientras proveen incansablemente a ese idioma de patrones originales a partir de los ancestrales que han recibido.

Pero no es mi propósito referirme ahora a esa intrincada red de interacciones colectivas y tantas veces anónimas en las que se forja y afianza una lengua; no, por el contrario, quiero en esta circunstancia concretar mi aporte a esta celebración con algunas consideraciones dirigidas a destacar la relevancia de un acto de política lingüística directa y conscientemente cumplido por la Real Academia hace unos pocos años. Intentaré explicitar, desde la mirada de alguien que ha dedicado buena parte de su vida no solo al entusiasta estudio de la gramática de la lengua española, sino a proclamar las virtudes pedagógicas de su enseñanza, cuando esta es racional, algunas de las ideas de política lingüística simbolizadas en una decisión de política editorial llevada adelante recientemente por la Corporación. Me estoy refiriendo al patrocinio que la RAE ha asumido de la que ha sido designada como *Colección Nebrija y Bello*.

Mi mirada será por fuerza 'externa', por más de un motivo. En primer lugar, porque se trata de una mirada 'periférica'. En el actual orden mundial, nos guste o no nos guste, es indudable que somos habitantes de un país periférico, y esa, es condición que compartimos con buena parte de las otras naciones hispanoamericanas. Esto significa que muchas de las decisiones que en todos los órdenes de la vida nos afectan, se toman sin nuestra participación y sin nuestro acuerdo.

Igualmente será «externa» mi mirada en cuanto no puedo más que suponer las tensiones vividas durante largo tiempo en el ámbito de la ya casi tres veces centenaria Corporación, tensiones generadas en el hecho de que, por múltiples razones, esta institución no ha producido todavía, casi un siglo después, un sustituto de la Gramática oficial de 1917, gramática oficial cuya continuidad desde aquella primera redactada en

1771 simboliza asimismo tanto la continuidad de una cultura como la de una forma privilegiada de ejercer el poder. Sabemos apenas que el profundo intento de actualización que constituyó nuestro muy estudiado y admirado Esbozo, de 1973, que debió ser la «Nueva Gramática de la RAE», y cuya autoría había sido confiada nada menos que a Salvador Fernández y a Samuel Gili y Gaya, tuvo que publicarse apenas bajo el amparo de la Comisión de Gramática y no del de la Academia en pleno, ya que su contenido no logró en su día el consenso necesario.

No conozco los detalles y fundamentos de la decisión académica cuya importancia queremos hoy destacar. Pero puedo colegir algunos, escasos pero relevantes, a partir de los datos que proporcionan algunos de los protagonistas de este acontecimiento: el primero viene de Alarcos, que en el prólogo de su Gramática de 1994, con indisimulado disgusto narra la transformación de su obra — que Dámaso Alonso había querido fuera la para entonces ya muy esperada gramática oficial — en una Gramática más del español, que eso sí, y esto es cosa harto nueva, se publica en colección que se crea especialmente y que ampara la secular Corporación. Y está también la palabra de Lázaro Carreter, cuando en el preámbulo de la Gramática Descriptiva de Ignacio Bosque y Violeta. Demonte de 1999, también publicada en la nueva colección, se refiere a la decisión oficial que le dio origen. Recuerda allí Lázaro Carreter que esta novedad editorial es el resultado de la aplicación de una disposición del Estatuto de 1993 que encomendaba a la RAE «la promoción y difusión de estudios gramaticales, pertenezcan o no a ella sus autores». Y agrega el entonces Presidente de la RAE que en cumplimiento de tal encomienda, la RAE creó la *Colección «Nebrija y Bello»*. Su creación no tiene carácter sustitutivo; simultáneamente, como es sabido, la Corporación continúa hasta hoy su tarea de redacción de la Gramática oficial.

Más allá de la peripecia y el anecdotario, de las pasiones y tensiones que acompañan siempre toda obra de hombres, me parece oportuno en esta instancia intentar una interpretación del sentido de esta decisión de alta política lingüística inequívocamente simbolizada en la denominación elegida para distinguirla.

No hay duda de que el siglo XX ha puesto en el tapete, con inusitado vigor, la discusión acerca de los derechos de lo diverso, de todo lo que se aparta de la norma establecida y única. Hablamos de 'derechos', lo que supone hablar de principios de evaluación y de regulación de conductas y puntos de vista, atravesados por las ideologías y los intereses más variados. Esta atención al principio de respeto a lo diferente se revela en las instancias más disímiles. En la Lingüística, se impone en el accionar científico, donde cada una de las grandes líneas teóricas de interpretación



de los hechos reclama vigorosa, ardorosamente, su lugar en la ardua discusión entablada a lo largo del siglo. Pero se impone asimismo en el reconocimiento de 'lo distinto', que no lo 'anormal', o 'punible' también en el propio objeto de estudio, esto es, en las lenguas y en el lenguaje. Impera el respeto a la diferencia: así en la Lingüística, conformándose y madurando ella misma a través de ardorosas polémicas, las lenguas dejan de concebirse como entidades monolíticas para reconocerse como atravesadas por grandes ejes de diferencia diatópico, diacrónica, diastrático.

Son muchos entonces los que al momento de las decisiones (esas decisiones que estuvieron siempre en la preocupación hispana) respecto de la 'corrección', 'propiedad' y 'adecuación' de la norma lingüística empiezan a hacer suya la orgullosa declaración que a mediados del siglo XIX formulara Andrés Bello: «*Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias, cuando la patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada.*»

Y bien: la disposición académica que crea la Colección «*Nebrija y Bello*», se inscribe, sin la menor duda, en este espíritu del siglo. Ese espíritu se instala ya desde la denominación, que equipara la valía y el paralelismo intelectual de dos grandes de la gramática española que supieron ver, cada uno en su tiempo, tanto la condición unificadora y ordenadora de la gramática en cuanto disciplina, como su consiguiente valor político. Dos grandes que supieron asimismo nutrirse profundamente de la herencia cultural del pasado respectivo (que ya era desde el presente de cada uno de ellos 'lo distinto'), y advertir, simultáneamente, la necesidad de construir un nuevo modelo de descripción de la realidad lingüística que les tocaba vivir: 'lo distinto' de su propio tiempo. Pero además, dos grandes que se erigen, en virtud de su propia capacidad de avizorar el porvenir, y aun por el mero lugar geográfico desde el cual hablan, en símbolos de las dos grandes subculturas lingüísticas ahora ya definitivamente instaladas en nuestro tiempo: la peninsular y la hispanoamericana. De manera altamente simbólica, la Corporación, al elegir esos dos nombres refrenda una realidad distinta a la que veían sus antecesores, y, al mismo tiempo, en un gesto propio de su condición de vehículo del poder, 'marca territorio': el español es tanto el de la Península como el de Hispanoamérica. Con esta decisión, la Academia hace suyo lo que ya habían dicho de otra manera ilustres lingüistas españoles del siglo, como Amado Alonso y Salvador Fernández, y que Alarcos resume así en el prólogo de su Gramática: «*Ya no es posible sostener, como un siglo atrás hacía Leopoldo Alas que los peninsulares somos los amos del idioma; más bien, según propugnaba don Ramón Menéndez Pidal, debemos ser solo sus servidores.*»



Pero hay también en este gesto institucional por el que se crea la nueva colección otra forma de refrendar el respeto a 'lo distinto', en cuanto la propia resolución declara, como dice Lázaro Carreter, su voluntad de amparo también a aquellos trabajos gramaticales cuyos autores no pertenezcan a la RAE. La Corporación, secularmente destinada a proporcionar excluyentemente 'el modelo', se abre explícitamente a las distintas interpretaciones, a las dudas que ellas conllevan, al respeto una vez más de la diversidad. Inteligente y sabia resolución de apertura que garantiza que el proceso incesante de normalización lingüística que el mandato borbónico le encomendara a la Institución al crearla va a hacer pronto tres siglos, pueda cumplirse ahora enmarcado en una visión moderna, actualizada, de los procesos de estandarización.

Y esto es importante destacarlo: es claro que la Academia no abandona sus propósitos normalizadores, esto es, unificadores; abandonarlos significaría perder su razón de ser; simplemente, busca racionalizarlos. Para ello, de la mano de Nebrija, continúa buscando en los estudios gramaticales el instrumento que, permita que la lengua «no ande suelta y fuera de regla», sino que esté «debajo de arte», y con ello, al igual que las lenguas de la antigüedad que el sabio humanista había aprendido, pueda perdurar. Peor hay en la nueva disposición bastante novedad. En efecto, aunque no se renuncia a preparar la tan esperada gramática 'oficial', se abre ya el camino a las nuevas gramáticas. Y ello bajo la doble protección de Nebrija y de aquella figura que Anderson Imbert considera la más representativa del mundo intelectual hispanoamericano del siglo XIX. En efecto, la misma preocupación política de unificación y perdurabilidad que inspiraba a Nebrija está presente en Bello, cuando justifica la edición de su Gramática con aquellas palabras que todos conocemos: «*Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispanoamérica. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes.*»

Parece necesario asimismo insistir en el carácter teórica y metodológicamente 'abierto' y por tanto respetuoso de las diferentes maneras de abordaje de una disciplina que posee la colección que nos ocupa. En efecto, ella ha prohiado hasta ahora, según lo que podemos saber, en 1994 la Gramática de Alarcos, de 400 páginas pensadas para el gran público, Gramática que, como dice su propio autor «*el enterado reconocerá como funcionalista*», y en la que este declara haber pugnado por equilibrar las exigencias del rigor teórico «*y el logro de un texto lo más claro y sencillo posible*».

Apenas cinco años después, aparece en la misma colección la Gramática Descriptiva dirigida por Bosque y Demonte, constituida por 78 artículos escritos a lo largo de 5351 páginas por 73 especialistas. Una Gramática Descriptiva que sus compiladores presentan diciendo entre varias cuestiones de sumo interés que *«...esta gramática es deudora en importante proporción de la gran cantidad de resultados obtenidos por la gramática generativa, tanto en su versión más centrada en la sintaxis como en su vertiente léxico-sintáctica. Es natural que así sea, puesto que esta disciplina, desde los textos fundacionales del propio Chomsky, ha reconocido que aspiraba a formular las generalizaciones que subyacen 'a la gran cantidad de información estructural recogida por las gramáticas tradicionales', a recuperar así la tradición. Pero, como también se notará de inmediato, esos resultados comparten su espacio (en el interior y entre los diversos capítulos) con observaciones emanadas de marcos funcionalistas, cognitivas, lexicistas puros, semántico-formales o de la pragmática lingüística.»*

Como decíamos, el respeto a la diferencia campeando a todo lo largo.

Quisiera finalmente hacer notar que hay en este acto de política lingüística llevado a cabo por la RAE un rasgo al que he aludido ya tangencialmente pero que querría ahora destacar. La Institución, continuando sin fisuras con sus cometidos seculares, sigue trabajando, ahora con el apoyo del saber del siglo XX, en las dos líneas centrales que inició en el siglo XVIII: la Lexicografía y la Gramática. Adelantándose a la teoría que Saussure iba a exponer a comienzos del siglo XX, la RAE ha trabajado siempre con la intuición de que una lengua se objetiva en cuanto realidad social mediante sus diccionarios y sus gramáticas. Por ello, incluso, se abre ahora a las gramáticas 'de autor', para continuar procurando que, aun desde el pluralismo interpretativo, el español no «ande suelto y fuera de regla» sino «debajo de arte».

Frente a esta política lingüística abierta y auténticamente moderna, me resta hacer ahora un último comentario desde mi condición de docente de Idioma Español. En efecto, en la comparación, parecen cada vez más incomprensibles y sobre todo nefastas ciertas tendencias pedagógicas que, en aras de una pretendida «modernidad» se han venido imponiendo en los últimos tiempos en nuestros países hispanos – así lo veía ya abarcativamente Coseriu hace más de diez años –, unas didácticas pretendidamente «textuales», o «comunicativas» o vagamente defensoras de «la libertad expresiva» de nuestros estudiantes, didácticas que proclaman que enseñar gramática o léxico es cuestión perimida por innecesaria. Así, el uso de las gramáticas y los diccionarios o ha desaparecido o está en vías de extinción en nuestra escuela primaria y en la

secundaria, sacudidas ambas por la catástrofe ecológica de la frivolidad y el desatino. Como se sabe, los resultados van estando a la vista, y las lamentaciones pululan. La lengua española, que aquí estamos homenajeando, por el piso, esto es «suelta y fuera de regla», aun en los propios recintos de la formación terciaria. Pienso entonces, como miembro de la SPEU, como docente de Idioma Español, que es mi deber no dejar pasar esta ocasión sin exhortar a todas las personas con sentido común a reflexionar acerca de la paradoja presente, en que se enfrentan por un lado, una muy bienvenida apertura de la RAE, apertura que vivifica el papel de la gramática en la normalización de una lengua constituida en instrumento esencial de integración cultural, política y económica como el español, y, por otro, una política y una pedagogía lingüísticas que trabajan, cada día un poco más, en sentido absolutamente contrario. Pensar e intentar resolver esta dura contradicción es imperativo.



## LAS LOCAS PALABRAS (\*)

Teresa TORRES

La función académica de un profesor de literatura es la de actuar como nexo, como hilo sutil, que acerque el texto al alumno para que éste logre conocer y experimentar el placer estético que la obra encierra y provoca. En el día de hoy, sin alumnos, pero rodeados de un público sensible e interesado, representando la Asociación que nos nuclea, nos hemos propuesto llevar casi al máximo esa función y, por ello, dejaremos que sean los mismos poetas los que dialoguen acerca de la palabra, reservando únicamente para nosotros la tarea de ordenar sus voces para que las mismas construyan la melodía esencial. En muchos casos nos tomaremos la libertad de no citarlos junto a su decir, dejando para el público el trabajo de reconocerlos, como si se tratara de viejos amigos que vuelven después de un tiempo inmemorial; de todos modos, al final de la exposición revelaremos los nombres de todos y cada uno de ellos.

*«Porque en el principio de la literatura está el mito, y asimismo en el fin.»* Es por eso que el mito fundacional cuenta que la palabra fue la herramienta divina de la creación del universo pero que también fue la primera creación humana: *«Y Yavé Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales y cuantas aves del cielo formó de la tierra, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera»* (Gen. 2.19). Con aire edénico fueron surgiendo una a una las palabras, y así como su hacedor estaba hecho a imagen y semejanza de aquel que puede afirmar *«Yo soy el que soy»*, ellas comenzaron a poblar el jardín casi perfectas, nombrando y cocreando el universo. Mientras duró este mundo de armonía las palabras se comportaban *«cuerdamente»* porque decían aquello que querían significar y nada quedaba en ellas mismas como nostálgica deuda. Pero, muy pronto fueron desterradas del paraíso terrenal y sufrieron, junto a su creador el alejamiento de lo esencial, de lo verdadero. Pasado un inconmensurable tiempo fueron condenadas nuevamente; el hombre las usó para elaborar un plan audaz e impío *«vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque los cielos y nos haga famosos...»* (Gen. 11.4) y Yavé castiga al pecador a través de su útil máspreciado: *«Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros»* (Gen. 11.7). Fue entonces, en ese preciso momento, que las palabras enloquecieron de

---

(\*) En ocasión del Día del Idioma celebrado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación el 29 de abril de 2004

frustración y nostalgia; como ménades atravesaron y atraviesan el espacio y el tiempo, buscando a aquellos hombres que logren restaurarles su sentido total, su aire edénico; en ese deambular de posesas es que encuentran al vate, al poeta, que comparte con ellas la nostalgia de la belleza total, y con y contra él luchan por reencontrar su sentido primigenio. Poeta y palabra se lanzan a una búsqueda siempre imposible y siempre renovada que nos acerca a todos a otro mundo mejor o, al menos, estéticamente más valioso.

*«Lenguaje y mito son vastas metáforas de la realidad. La esencia del lenguaje es simbólica porque consiste en representar un elemento de la realidad por otro, según ocurre con las metáforas. La ciencia verifica una creencia común a todos los poetas de todos los tiempos: el lenguaje es poesía en estado natural. Y asimismo es un instrumento mágico, esto es, algo susceptible de cambiarse en otra cosa y de transmutar aquello que toca: la palabra pan, tocada por la palabra sol, se vuelve efectivamente un astro; y el sol, a su vez, se vuelve un alimento luminoso. La palabra es un símbolo que emite símbolos. El hombre es hombre gracias al lenguaje, gracias a la metáfora original que lo hizo ser otro y que lo separó del mundo natural. El hombre es un ser que se ha creado a sí mismo al crear un lenguaje. Por la palabra, el hombre es una metáfora de sí mismo. (O. Paz)*

Si acordamos que *«el lenguaje es poesía en estado natural»* tendremos que acordar que la poesía implica un reordenación y reelaboración de las palabras con el fin de llevar a su máxima expresión la potencialidad simbólica y expresiva de las mismas, para lograrlo el poeta lucha denodadamente con ellas que lo miran *«entonces desde los puntos de la pluma, que la(s) muerde para sujetarla(s)»*. (Rodó – La Gesta de la Forma). En esa íntima epopeya es necesaria hasta la invención de una nueva gramática en la que:

*El adjetivo y el nombre,  
remansos del agua limpia,  
son accidentes del verbo  
en la gramática lírica.  
Del Hoy que será Mañana,  
Y el Ayer que es Todavía.*

(A. Machado—CLXXXIII)

Pero, *«separadas de sus funciones habituales y reunidas en un orden que no es el de la conversación ni el del discurso, las palabras*

*ofrecen una resistencia irritante»* (O. Paz); el poeta, vencedor y vencido al mismo tiempo, se empeña en buscar doblegar esta rebelión, en alcanzar la estructura que contenga y de a luz los verdaderos significados:

*«Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,  
botón de pensamiento que busca ser la rosa;  
se anuncia con un beso que en mis labios se posa  
al abrazo imposible de la Venus de Milo.*

.....

*Y no hallo sino la palabra que huye  
La iniciación melódica que de la flauta fluye  
Y la barca del sueño que en el espacio boga;*

*Y bajo la ventana de mi Bella-Durmiente,  
El sollozo continuo del chorro de la fuente  
Y el cuello del gran cisne blanco que me interroga.*

(R. Darío – *Yo Persigo una Forma*)

En esa aventura del lenguaje que se inició en el Edén el poeta se nos presenta como un continuador de la tarea asignada por Yavé al primer hombre ya que nombra las cosas diciendo: *«éstas son plumas, aquellas son piedras»*. Pero él ya no respira el aire del edén y debe buscar la verdadera significación y es por eso que de pronto afirma: *«las piedras son plumas, esto es aquello»* y nos coloca no ante lo que es, sino ante lo que podría ser. La palabra poética recrea esencialidades posibles explorando la coexistencia de los contrarios.

Alonso Quijano el Bueno, poeta de la acción, tiene tan claro que es la palabra la verdadera estructuradora del mundo, la reveladora de lo esencial del ser que, apenas terminado el casi enojoso trámite de hacerse de una armadura, decide nombrar o renombrar a su caballo, a sí mismo y a su dama. Como creador consciente de la importancia de su obra, en el caso de su pobre rocín, *«cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría»* hasta que *«al fin le vino a llamar Rocinante, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.»*

El Caballero de la Triste Figura tiene una infinita confianza ante el



lenguaje: las cosas son su nombre pero los nombres ¿transforman a las cosas? Siguiendo la novela cervantina podríamos contestar que a veces sí y a veces no; las mozas del partido pueden ser y hablar, por un instante, como legítimas doncellas; los molinos siguen siendo inamoviblemente molinos aunque se les llame gigantes.

El enfrentar la creación poética con el mundo real, pensar si este cambia a instancias de un lenguaje revelador nos lleva a cuestionarnos sobre la utilidad de la literatura. «A Borges le irritaba este tipo de cuestionamiento y respondía: «*¡A nadie se le ocurriría preguntarse cuál es la utilidad del canto de un canario o de los arreboles de un crepúsculo!*» En efecto, si esas cosas bellas están allí y gracias a ellas la vida, aunque sea por un instante, es menos fea y menos triste, ¿no es mezquino buscarles justificaciones prácticas?» (Mario Vargas Llosa – *La Verdad de las Mentiras*). Acordamos con Borges pero recordemos que, «la Tolosa» se convertirá en «doña Tolosa» a instancia del poder de la literatura, aunque también ella tenga vida sólo en la novela. Podemos, al menos, tratar de creer que:...

*Quizá una palabra*

*Me señale*

*El lugar del pozo*

*Y otra*

*El lugar donde se toma vuelo*

*El bosque desborda por sus copas*

*Signos pájaros hojas*

*Carta de corazones*

*Para jugar*

*Una partida a muerte*

.....

*creo haber visto*

*allá abajo*

*muchas veces*

*las nítidas palabras*

(Amanda Berenguer – *Lugares*)

Nada claro hay en todo esto y la misma voz poética puede enviar mensajes diferentes:

*Malas palabras obscenas locas  
lunfardas  
bárbaras  
otras  
que puedan con esto:  
descuartizada  
la forma  
valgan las tripas  
a cambio de la apariencia*

*lo que se quiere decir  
no se dice  
se hace.*

(Amanda Berenguer – Comunicado)

«Lo que se quiere decir no se dice, se hace», pero tal vez, el hacer de la poesía sea el de ser «un arma cargada de futuro»:

*...»no es un bello producto. No es un fruto perfecto.  
Es algo como el aire que todos respiramos  
Y es el canto que especia cuanto dentro llevamos.  
Son palabras que todos repetimos sintiendo  
Como nuestras, y vuelan. Son más que lo mentado  
Son lo más necesario: lo que tiene nombre.  
Son gritos en el cielo, y en la tierra, son actos»*

(Gabriel Celaya – La poesía es un arma cargada de futuro)

Poesía como revelación, transformación o acción, probablemente todo eso y mucho más, pero, en la raíz, la palabra: producto y esencia humana. Como un bien precioso debemos cuidarla, debemos...

*La punta a las palabras afilarle,  
Ir hasta el hueso abriéndoles la pulpa,  
Devorarlas al fin pero sin culpa,  
Gustar la cáscara, el hollejo, darle*

*Al corazón irradiación, y el centro  
De toda fruta siempre sea labio  
Que diga la semilla y sabor sabio  
Con la custodia del durazno adentro.*

*Dormir con las palabras al costado,  
Guardarlas en morral o billetera  
Y pasarlas también de lado a lado.*

*Piropos hay que darles y caricia.  
Seductoras, mimosas, aún químera  
Y ruta ante el espejo son de Alicia*

(Jorge Arbeleche – *Las Palabras*)

La ruta propuesta al país de las maravillas la cumplen el autor y el lector pues si el primero se *«cumple en la escritura, el lector se cumple en el sentido. Los mancomuna la literatura que es una chispa, un salto de energía, un trascendido, una transustanciación.»* (Ricardo Pallares – *Literatura y Futuro*).

*«El vínculo fraterno que la literatura establece entre los seres humanos, obligándolos a dialogar y haciéndolos conscientes de un fondo común, de formar parte de un mismo linaje espiritual, trasciende las barreras del tiempo. La literatura nos retrotrae al pasado y nos hermana con quienes, en épocas idas, fraguaron, gozaron y soñaron con esos textos que nos legaron y que, ahora, nos hacen gozar y soñar también a nosotros»* (Mario Vargas Llosa – *La Verdad de las Mentiras*).

*Dejo mis viejos libros, recogidos  
En rincones del mundo, venerados  
En su tipografía majestuosa  
a los nuevos poetas de América,  
a los que un día  
hilarán en el ronco telar interrumpido  
las significaciones del mañana.*

.....  
*Que amen como yo amé mi Manrique, mi Góngora,  
Mi Garcilaso, mi Quevedo: fueron  
Titánicos guardianes, armaduras  
De platino y nevada transparencia,  
Que me enseñaron el rigor, y busquen*



*En mi Lautremont viejos lamentos  
Entre pestilenciales agonías  
Que en Maiakovsky vean cómo ascendió la estrella  
Y cómo de sus rayos nacieron las espigas.*

(Pablo Neruda  
Testamento II)

Muchas gracias

#### TEXTOS CITADOS

Jorge Luis Borges – *El Hacedor* – «Parábola de Cervantes y de Quijote»

Biblia – Génesis – (2.19 – 11; 4-7)

Octavio Paz – *El Arco y la Lira* (fragmentos varios)

José E. Rodó – *El Mirador de Próspero* – «La Gesta de la Forma»

Antonio Machado – *Los Complementarios* – «El adjetivo y el Nombre»

Rubén Darío – *Prosas Profanas* – «Yo persigo una forma...»

Miguel de Cervantes – *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*

Mario Vargas Llosa – *La Verdad de las Mentiras* (fragmentos)

Amanda Berenguer – *El Tigre Alfabetario* – «Lugares» y «Comunicado»

Gabriel Celaya – *La Poesía es un arma cargada de Futuro*

Jorge Arbeleche – *El Oficiante* – «Las Palabras»

Ricardo Pallares – *Literatura y Futuro*

Pablo Neruda – *Canto General* – «Testamento II»